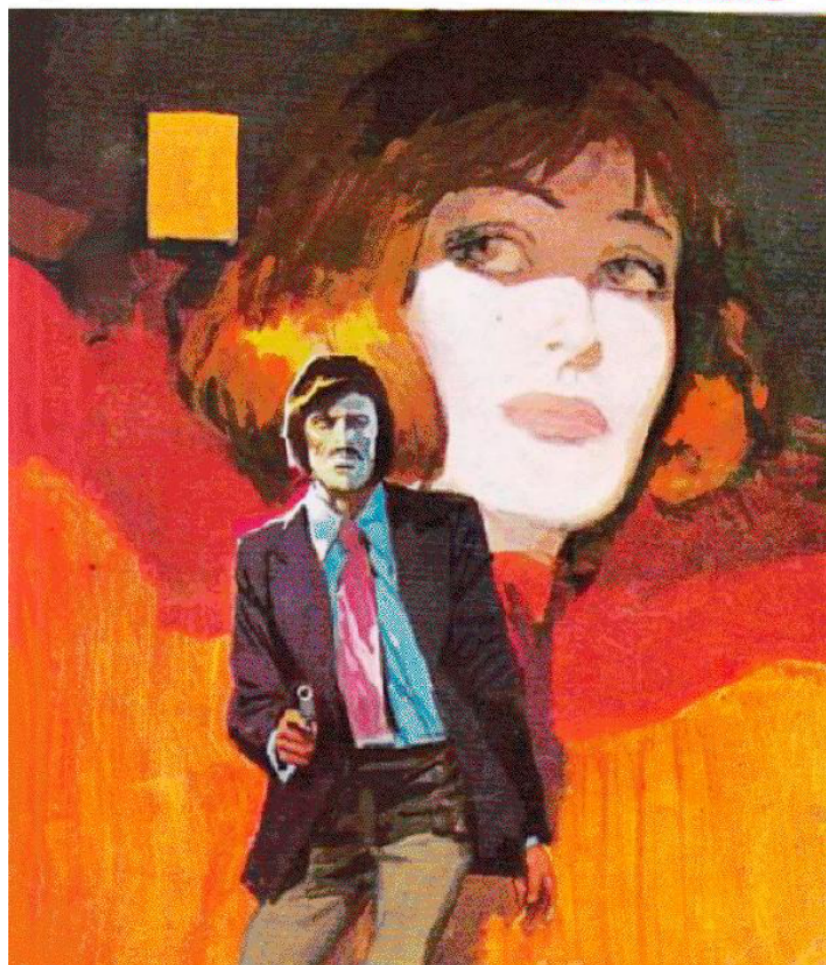


una tumba en el paraíso

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

UNA TUMBA EN EL PARAISO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 708
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 35.359 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: noviembre, 1975

© Burton Hare - 1975

texto

© Desilo - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.301 — Funeral por un mercenario.

En Colección PUNTO ROJO:

692 — La sirena perdida.

En Colección LA HUELLA:

52 — Llama un fantasma.

CAPÍTULO PRIMERO

Probablemente, la Roma de los Césares no tuviera mucha semejanza con la Roma que Mike estaba contemplando, aunque había que reconocer que en cuanto a impresionante no tenía nada que envidiar a la ciudad imperial que viera las proezas de las legiones romanas, el paso marcial de los centuriones y la gracia blanca y alada de las bellas romanas envueltas en sus túnicas.

Los macizos palacios, las columnas, las estatuas y el colosal arco de triunfo; las calles pavimentadas con losas de piedra y las fuentes que no manaban agua.

Y la soledad.

Era una ciudad fantasma, desierta.

Michael Kelly se detuvo para encender un cigarrillo. Su mirada desapasionada contempló el inmenso decorado que le rodeaba y suspiró. En parte, era debido a su imaginación.

Oyó pasos y ladeó la cabeza. Por entre las columnas apareció un piel roja pintarrajeado, armado hasta los dientes. Los Césares de la vieja Roma se hubieran estremecido en sus tumbas si hubieran podido verlo.

Mike suspiró. Dejó que el piel roja se perdiera entre el laberinto de cables, grúas, rieles de *travelling* y palacios romanos y luego se alejó en busca de la salida.

En el aparcamiento del estudio quedaban sólo dos coches. Su propio «Mustang» pintado de rojo detonante, y el «Cadillac» negro del gran Cecil Hamilton.

Apuró el cigarrillo. Había abierto la portezuela del coche cuando oyó el grito.

En realidad, fue algo más que un grito. Se le antojó un alarido de pánico, con una suerte de gorgoteo final como si quien lo lanzara se quedase de pronto sin aire en los pulmones.

Escuchó conteniendo el aliento, porque aquel aullido le había

puesto los pelos de punta. Pero ya no se oyó nada más.

Sin embargo, alguien más había oído el alarido, porque el guardia uniformado que custodiaba la entrada y salida de los estudios apareció trotando por el paseo asfaltado.

—¡Señor Kelly! —jadeó—. ¿Oyó usted eso?

—Seguro, Willy, pero maldito si sé qué fue.

—Un grito sin duda... ¿Vio usted a alguien por aquí?

—A nadie. Sólo un piel roja en Roma.

—¿Qué?

—Un extra. Se dirigía a los vestuarios, supongo.

—Hace más de dos horas que terminaron el trabajo en el *plato* siete, donde ruedan un *western*. Creí que ya se habían marchado todos. —Es el único ser vivo que vi desde que abandoné la oficina.

—¿Le importaría quedarse cerca del portón y dar un vistazo? No me gusta nada todo esto.

—El portón debe estar cerrado...

—Claro.

—Entonces, mejor será que el vistazo lo demos por aquí, Willy. Los dos quiero decir.

—Eso me parece muy bien, señor Kelly.

Caminaron a buen paso por las calles formadas por las grandes naves de rodaje. Era curioso ver en los espacios libres dedicados a apartar los utensilios de próxima utilización, o ya utilizados, un carro romano dispuesto para la cuádriga, y una vieja diligencia de la

Wells & Fargo

con algunas flechas indias clavadas en su maderamen...

—Me pareció que el grito resonaba por ese lado —dijo Mike, señalando un aplanado edificio que el crepúsculo alargaba como aplastado bajo la mortecina luz.

—Eso está siempre cerrado cuando no se trabaja. Son el laboratorio y la cámara donde se guardan los negativos.

—Quiero decir que se oyó en las proximidades de este lugar, no dentro del edificio, porque en ese caso, no se habría oído nada.

—Bueno, veamos...

Lo que vieron primero fue la puerta metálica abierta de par en par.

El guardián contuvo el aliento. Luego soltó una sarta de

maldiciones dedicadas al estúpido que había dejado abierta aquella puerta, en contra de todas las tajantes órdenes en contrario que estaban escritas incluso en una chapa al lado del portal.

Michael Kelly arrugó el ceño y gruñó:

—No pierda la brújula, Willy. De cualquier modo no hay nada que robar ahí.

—Nadie piensa que puedan robar, señor Kelly. Pero si mi idiota cualquiera entra ahí fumando, puede provocar una catástrofe. Voy a ver.

Se metió en el edificio. Kelly titubeó un momento y luego le siguió.

—¿Hay algo fuera de lugar, Willy?

—Nada... El laboratorio está desierto.

Mike vio una puerta metálica a la derecha. Era extraordinariamente sólida. Probó el tirador y la pesada puerta giró suave y silenciosamente.

Un tanto perplejo, Mike entró en la oscuridad de aquella estancia tanteando la pared en busca de la llave de la luz.

—¡Willy! —gritó.

Encontró lo que buscaba y una luz indirecta y clara iluminó la estancia.

Era como una inmensa caja metálica, a prueba de fuego. Estanterías de metal sostenían infinidad de redondas cajas de hojalata. Al fondo las puertas abiertas de una suerte de caja de seguridad mostraban un reducto oscuro como la tinta.

El guardián se asomó a la puerta.

—¡No me diga que todo esto estaba también abierto! —exclamó.

—Seguro que lo estaba. ¿Cómo cree que entré yo, filtrándome por las paredes?

—Cada vez me gusta menos todo esto.

—¿Qué se guarda en esa caja del fondo?

—Los negativos sin positivar de las películas en rodaje.

Mike encendió la luz y vio las cajas redondas, blindadas, que se alineaban en sendos estantes. Volvió a apagar la lámpara del arca y al retroceder, Willy señaló una portezuela cerrada.

—La sala de montaje número uno... —anunció—. Veamos si también está abierta.

Empujó la puerta y ésta giró, mostrando un interior lleno de luz.

Y de sangre.

El guardián emitió un quejido y se tambaleó. Mike estiró el cuello y atisbo por encima del hombro de Willy. Lo que vio le hizo sentir como si el estómago le subiera a la garganta dando saltos.

Un hombre yacía en medio del cuarto. Un hombre cuya cabeza era un amasijo informe, donde aún estaba clavado un *tomahawk* indio que chorreaba sangre. El desgraciado vestía una bata blanca y la sangre y masa encefálica le habían cambiado el color.

—¡Powys! —balbució el guardián.

—¡El piel roja, Willy! Llevaba armas como para iniciar una guerra por su cuenta... —No me explico... ¡Maldita sea! No tengo que explicarme nada, sólo llamar a la policía.

Mike cerró la puerta y siguió a Willy al exterior. Respiró hondo, llenándose los pulmones con el aire cálido del anochecer.

—Será mejor decírselo al señor Hamilton. He visto su coche junto al mío, de modo que aún debe estar en su oficina. Que él decida cómo avisar a las autoridades, no vayamos a meter la pata.

—Claro, uno nunca sabe nada tratándose de peliculeros —dijo el guardián, disgustado.

Mike casi hubo de correr para seguir a Willy con sus grandes zancadas.

Había luz en el más lujoso despacho de los estudios, pero de Cecil Hamilton no vieron el menor rastro.

Willy refunfuñó:

—No puede haber ido muy lejos, si ha dejado la luz encendida.

—Tal vez también oyó el grito y salió a investigar. Oiga, Willy; ahora que se me ocurre... Quien gritó no pudo ser Powys. Su voz no habría podido atravesar las paredes de metal de la sala de montaje.

—Es cierto...

Volvieron atrás a paso de carga, y esta vez rodearon el edificio de los laboratorios.

Cecil Hamilton yacía despatarrado junto a un macizo de begonias rojas.

Michael emitió un gruñido y se arrodilló al lado del cuerpo caído.

—¡Está vivo! —jadeó—. ¡Ayúdeme!

Lo levantaron entre los dos, tendiéndolo con cuidado sobre el mullido césped del cercano talud.

Hamilton mostraba un hilillo de sangre en la sien, donde estaba formándose un hermoso chichón del tamaño de un huevo.

—Le han sacudido con algo muy duro... Mejor será llamar un médico, Willy. Y si ve un piel roja en cualquier parte, piense en el general Custer y suéltele un tiro.

—No necesito que me lo diga.

El guardián se fue disparado, con el revólver de reglamento empuñado y amartillado.

Poco después, Cecil Hamilton, un cincuentón de porte aristocrático y tez pálida, comenzó a rebullir.

Mike dijo:

—Tranquilo, señor Hamilton. No se mueva.

—¿Qué, qué...?

—Imagino que siente un buen dolor de cabeza. No tardará en llegar un médico.

—¿Médico?

Hizo ademán de incorporarse, pero su rostro se con trajo en una terrible mueca de dolor y volvió a quedar quieto, tendido de cara a las estrellas que empezabas a parpadear en lo alto.

—¿Qué... sucedió? —dijo sin voz.

—Le dieron un golpe, supongo.

—Creo que... que voy a perder la cabeza...

—Cuando la conserva todavía después de un trastazo como ése no es fácil que la pierda ya.

—Kelly... su sentido del humor... es nauseabundo.

—¿Fue usted quien gritó?

—No lo sé..., supongo que sí. Vi algo que se me venía encima y creo que... que grité.

—¿Algo? Un piel roja, supongo.

—¿Bromea?

—Le aseguro que no.

—No vi nada... sólo algo oscuro que pareció desprenderse de la pared... Luego todo estalló.

—Tómelo con calma hasta que Willy consiga un doctor. No conviene que se mueva, por si su cabeza ha sufrido más de lo que parece.

—Me duele como el infierno.

—Pensamos que estaría usted en su oficina y...

Hamilton hizo un ademán.

—Me llamó Powys. Dijo que había algo que no le gustaba en el rollo número nueve y bajé... —Powys, ¿eh?

—Por cierto, ¿dónde está?

—En los eternos cazaderos.

—Kelly, no sea idiota, por favor.

—Muerto. ¿Le gusta más así?

—¿Powys?

—Con un *tomahawk*. Ni los sioux en sus buenos tiempos habrían hecho una carnicería semejante.

Hamilton dio un brinco y casi se sentó. Sólo que lanzó un quejido y volvió a caer hacia atrás, rugiendo de dolor.

Michael suspiró. Buscó un cigarrillo y lo encendió.

Al cabo de unos segundos, Hamilton balbució:

—¿Es cierto eso, Kelly?

—Willy y yo lo encontramos.

—¡Dios bendito! ¿Por qué...?

—No me pregunte a mí. Ojalá me hubiera largado cuando oí el grito.

El guardián reapareció corriendo.

—¡Viene un médico, y la policía! —anunció—. Debía llamarlos..., se trata de algo demasiado serio para andar jugando.

Mike gruñó:

—Va a ser una noche muy movida... y yo tenía una cita muy importante.

—Seguro; con los polizontes de Homicidios —rezongó Willy.

—Con una rubia.

—Con su experiencia, ya debiera haber escarmentado, señor Kelly.

—¿Cree realmente que alguien tiene alguna vez suficiente experiencia con las mujeres? Yo, no.

Hamilton barbotó una obscenidad.

—¿Quieren dejar de hacer el payaso, los dos? ¡Me dicen que se ha cometido un crimen aquí! Y a mi han estado a punto de matarme, y pierden el tiempo hablando de mujeres...

—¿Sabe usted, señor Hamilton? Eso es lo mismo que silbar en la oscuridad, cuando uno tiene miedo —puntualizó Mike.

—Si usted se queda aquí, señor Kelly, yo regreso al portón para

cuando lleguen —dijo el guardián.

—No me moveré, descuide. El señor Hamilton estará seguro conmigo.

Willy se alejó.

El productor, tendido en el césped, murmuró:

—Es lo menos que puede hacer usted por mí, después del dinero que le he hecho ganar.

—Sólo pagó el valor de mi obra.

—Fui un estúpido...

—¿Por qué compró mi guión?

—Esa monstruosidad de «romanos» no era un guión, Kelly. Los accionistas me presionaron para aceptarlo porque dijeron que había posibilidades en el momento actual para una superproducción de ese tipo..., pero ya están arrepentidos. Llevamos invertidos la friolera de cien millones de dólares... ¡Uf, sólo pensarlo y la cabeza parece que me va a estallar!

—La película será un exitazo y usted lo sabe. Y el guión era bueno.

Los ojos vidriosos del productor le observaron en la oscuridad como si quisiera fulminarle.

—Escriba otro semejante y tendrá que comérselo —vaticinó.

—El próximo que tengo estructurado es sobre el antiguo Egipto de los faraones. Le gustará.

Hamilton iba a replicar, indignado, cuando la llegada de varios coches se lo impidió.

CAPÍTULO II

El bar Jenciana estaba inmerso en una neblina de humo, abarrotado de gente y sumergido en el espeso rumor de las conversaciones.

Todo el que significaba «algo» en el mundillo del cine o de la producción de series televisivas aterrizaba en Jenciana a una hora u otra del día o de la noche.

Rodeado por un grupo ávido de sensaciones, Mike Kelly hubo de relatar por centésima vez sus experiencias de la noche anterior.

Había varios periódicos encima de la mesa y en todos ellos campeaba su fotografía, bajo grandes titulares.

—La policía dijo que era un caso sencillo. Venganza personal contra el pobre Powys, porque no le robaron nada, sólo le mataron. Yo no veo que sea tan sencillo —terminó, fastidiado—. Por poco no mataron también al viejo.

Los comentarios a su alrededor estallaron como una descarga de fusilería. Michael apuró la bebida. Iba a largarse al diablo de allí. Ya estaba hartó.

Uno dijo:

—¿No pudiste ver bien al piel roja?

—No. Bueno, tampoco le presté atención. Sólo le vi atravesar los decorados de Roma y me chocó por lo que tenía de incongruente... Un piel roja en pie de guerra en la Roma de los Césares...

—Para morir de risa.

—Eso lo escribes en uno de tus guiones y te lo hacen comer.

—Menos mal que no estás en condiciones de identificar al tipo, Mike —sentenció otro.

—¿Por qué?

—Porque si pudieras identificarle, tu pellejo no valdría un centavo.

Lo pensó unos segundos y hubo de reconocer que la observación

no carecía de lógica.

Estaba más fastidiado a cada instante, de modo que despidiéndose, se encaminó a la puerta.

A mitad de camino, Sal Rourke le alcanzó y tomándole del brazo, le obligó a cambiar de rumbo.

—Vamos a la barra, Mike. Quiero hablar contigo.

—Sal, déjame en paz. No quiero comprar nada.

—¿Te he ofrecido algo?

—Tú eres capaz de venderle a uno sus propios calcetines. Te conozco.

—Sólo trato de ganarme la vida. Quiero hablarte.

—Bueno...

Se encaramaron en sendos taburetes. Sal Rourke pidió dos *gimlets* y encendió un cigarrillo.

—Has llegado a la cima, Mike —sentenció.

—¿De qué estás hablando?

—Toda esa publicidad gratuita en los periódicos, ya sabes. Las productoras van a disputarse tus guiones.

—Deja de soñar. Esos buitres maldito el caso que hacen de los periódicos. —Esa superproducción de romanos va a ser un exitazo como pocos. ¿Crees que soy tonto? Eso, unido a todo lo demás... Además, deben haberte pagado un fortunón por ese guión, además de tu contrato con la Mundial.

—Si pretendes que diga públicamente cuánto he cobrado, olvídalo. No quiero atraer a los chacales del fisco.

—No necesitas decírmelo. Lo sé.

Michael se quedó helado.

—¿Qué? —barbotó—. ¿Tú lo sabes?

—Hice algunas averiguaciones. Sé cuánto te pagan semanalmente por tu contrato, más la fortuna que cobraste por el guión.

—Ahora es cuando vas a recibir un puñetazo en los dientes.

—Quería saber si ya estabas maduro.

Kelly enarcó las cejas y tomó maquinalmente el vaso empañado por el hielo.

—¿Maduro? —Gruñó.

—Escúchame, Mike. Me salieron los dientes en este mundo de locos. Cuando uno llega a cierta posición, ya no importa lo que

haga profesionalmente. Sea estrella o guionista, o director... Ha llegado. Desde ese momento únicamente cuenta su escenario, ¿entiendes?

—Me parece que no.

—Debe figurar. Dar fiestas de vez en cuando, reunir a quien ya sabes. Mostrar al mundo que está arriba y que a esas alturas no pueden alcanzarle ni los rayos. Tú estás obligado a establecerte de ese modo para convertirte definitivamente en el personaje de *élite* que te corresponde ser.

Mike Kelly vació el vaso rápidamente.

—No sé adónde quieres ir a parar, Sal —dijo—, pero sea adonde sea, no pienso seguirte. Acabarías vendiéndome mis propios guiones.

—¿Es que no lo entiendes? Todo lo que quiero venderte es una casa.

Kelly por poco no se tragó el vaso.

—¿Una casa? —balbuceó—. Tú estás loco. ¿Para qué infiernos quiero yo una casa?

Sal Rourke suspiró pacientemente.

—Acabo de exponerte tu posición. ¿Es que en ese hotelucho donde vives puedes ofrecer fiesta alguna, o siquiera sea una recepción para celebrar tu éxito?

—No necesito ninguna casa.

—¡Claro que la necesitas! Es más, estás obligado a tenerla para representar el papel de triunfador. ¿Crees que podrás sostener tu cartel si no adquieres cierta popularidad entre los círculos adecuados?

—Estás confundiéndome con una estrella, Sal.

—¡Cuernos! No seas idiota. Tú sabes cómo funciona todo esto. Llega un momento en que cuando un gran productor necesita un guión determinado ya no busca en sus ficheros quién puede escribírselo mejor. Sólo piensa en el escritor a cuya fiesta asistió hace unos días. Lo tiene en la imaginación porque la fiesta, como todas, terminó en una juerga por todo lo alto y el tipo se divirtió en grande. Te llama a ti sin ninguna duda. ¿Es que aún no lo entiendes?

—Olvídalo.

—Te diré más —insistió Rourke, impávido—. Necesitas una casa

con atmósfera. Tú eres un creador, un hombre con imaginación. Lo que te rodee debe estar en consonancia con ese carácter que los demás te adjudican... De modo que la casa donde te instales debe ser fuera de serie.

—¿Crees que estoy tan loco como tú? No quiero ninguna casa, pero si en algún momento perdiera la llave y me comprara una, no sería esa que tú describes y que me dejaría sin un centavo en el bolsillo. Adquiriría algo que entrara dentro de mis posibilidades.

—Precisamente ésa es la casa que te ofrezco. Entra en tus posibilidades, tiene atmósfera y la gente acudiría a tus invitaciones a velocidad de vértigo, aunque sólo fuera por una morbosa curiosidad sobre todo lo macabro.

Michael miró al agente de ventas con verdadera lástima.

—Ahora es cuando creo sinceramente que no estás bien de la tapadera, Sal. ¿Qué es lo que quieres venderme, el castillo de Drácula?

—La mansión de los Watts.

Lo soltó en tono casi reverente.

Mike enarcó las cejas y trató de comprender.

—¡Watts! —murmuró—. ¿No fue el matrimonio que se liquidaron mutuamente?

—Estás mal informado. La dama se cargó al marido, aunque nunca pudo probarsele. Luego desapareció. Se esfumó y nunca más se supo. Y la casa es un verdadero museo.

—Que vale una fortuna.

—Ciertamente, tú lo has dicho. No la construirías hoy por menos de un millón y cuarto.

Michael casi se cayó de espaldas.

Luego, se echó a reír a carcajadas.

—¡Y eso es lo que quieres venderme a mí! ¡Tú necesitas un reductor de cabezas, Sal!

—Cuando termines de hacer el payaso, te diré algo más.

—Puedes ahorrarte el esfuerzo. ¡Una casa de más de un millón de dólares! Para morirse.

Rourke esperó pacientemente.

Luego, prosiguió implacable:

—Esa casa, grandísimo tonto, quedó en manos de una comisión de acreedores. Cuando Watts fue asesinado estaba entrampado

hasta las cejas, pero no pudieron poner sus bienes a subasta porque legalmente no estaba muerto. Ahora eso ha cambiado porque están a punto de cumplirse siete años de su desaparición y ya puede ser declarado legalmente muerto. Y esos tipos lo que quieren es dinero contante y sonante. Puedes conseguir la casa por un cuarto de millón.

—Así estará la pobre...

—Está en perfectas condiciones. Con polvo, naturalmente. Habrá que limpiarla, pero puedo ocuparme de eso también. Por lo demás, no volverás a tener una ganga semejante en todos los días de tu vida.

Michael Kelly hizo señas al mozo de que sirviera dos bebidas más.

—Comprendo que tú necesitas vender para ganarte la vida como yo necesito escribir para vivir —dijo—, pero no voy a comprar ninguna casa semejante. Incluso te diré más, Sal. Todo lo que has descrito sobre la necesidad de rodearse de un escenario para seguir en el candelero es cierto en este manicomio. Pero vivo muy bien en mi apartamento del hotel, donde todas las recepciones que doy son a una sola invitada. Ya sabes, rubia, morena, pelirroja... Pero una cada vez. Ésas son las fiestas que a mí me gustan.

—Sigue así y dentro de un tiempo no se acordará de tu nombre más que el administrador del hotel, para escribirlo en los recibos del alquiler. ¡Pero, hombre!

¿Es posible que no lo comprendas?

El mozo trajo los vasos y ambos bebieron, mirándose como dos gallos de pelea.

De pronto, Rourke dijo:

—Te diré lo que haremos. Yo te doy las llaves y tú visitas la casa cuando quieras. Con tiempo, viéndolo tocio con calma. Luego me llamas y nos ponemos de acuerdo.

¿Qué te parece?

—¿Es la única manera de que me dejes en paz?

—Seguro —rió el vendedor.

—De acuerdo. Venga a mí el reino de la paciencia —recitó Kelly, mirando al techo—. Trae esas llaves y lárgate.

—Estoy seguro que el lugar te gustará... Ya te dije que tiene atmósfera.

—¿Qué diablos de atmósfera? No irás a decirme que la casa cuenta con su propio fantasma.

—Hay quien piensa que sí.

Dejó un manojo de llaves sobre el mostrador, saltó del taburete, y exclamó:

—Ya sabes, tómate tiempo. Cuando te decidas, llámame.

Y se fue zumbando.

Olvidándose de pagar las bebidas, por supuesto.

Con un suspiro de resignación, Kelly tomó las llaves y dejó unas monedas en su lugar.

Conociendo a Sal Rourke, se consideró muy afortunado al haberse librado de él con relativa facilidad.

CAPÍTULO III

La casa era una mezcla descabellada de tejados, torreones y balcones, todo en escala monumental. También poseía enormes ventanales cubiertos con cristales emplomados, formando escenas de pesadilla. Las forjadas rejas de hierro salpicaban los muros aquí y allá, como puestas a voleo, dejando algunas ventanas bien protegidas y a otras muchas desguarnecidas por completo.

Estupefacto, Mike estuvo mirándola desde el parque que la rodeaba como si esperara verla esfumarse en cualquier momento, como una pesadilla.

Pero en todo caso era una pesadilla de piedra maciza y siguió allí todo el tiempo.

Mirando en torno, se percató de las colosales dimensiones del parque, con árboles que debían contar los años por centenares; matorrales invadiéndolo todo y, milagrosamente, algunos arriates de flores que habían resistido el embate de la hierba y aún florecían trabajosamente.

En Beverly Hills uno puede tropezarse con casas de la más absurda arquitectura, fruto de los caprichos de las grandes estrellas del cine de la época dorada. Michael había visto desde un cortijo español en Rondery Street, hasta un palacio árabe en la empinada Laurel Canyon.

Pero esa monstruosidad eclipsaba todo lo demás. Se le antojó el delirio de alguien con la mente desequilibrada y morbosa, deseoso de vivir en un escenario terrorífico.

Al fin, mascullando entre dientes, sacó el manajo de llaves y empezó a probarlas en la cerradura de la puerta principal. Una puerta maciza como los muros, y que, sin embargo, giró fácilmente sin necesidad de accionar la cerradura.

Ni siquiera estaba cerrada con llave.

Entró, dejando la puerta abierta de par en par para

proporcionarse luz suficiente con que contemplar el descomunal vestíbulo que aparecía ante sus ojos asombrado.

Era una estancia de unas proporciones impresionantes. Al fondo, una amplia escalinata subía en un gracioso arco hacia el piso superior.

Al pie de las escaleras montaban guardia dos recias armaduras, dos guerreros medievales, uno armado de una mohosa lanza y el otro de una espada de doble filo.

Los cuadros de las paredes estaban cubiertos por una fina lámina de polvo, y los muebles habían sido protegidos con fundas blancas sobre las que el polvo también había dejado su impronta.

Mike apenas si se hubiera sorprendido si cualquiera de aquellas armaduras se hubiese puesto en marcha por sí sola, tan absoluto era su desconcierto.

Abrió la primera de las puertas. Correspondía a una inmensa biblioteca donde reinaba el polvo. Un gran ventanal practicable al fondo debía comunicar con el jardín lateral del edificio.

Minutos después había dado un vistazo a todas las dependencias de la planta baja, incluyendo la cocina capaz de alimentar un regimiento, la despensa y una reducida bodega donde aún quedaban algunas botellas cubiertas de polvo y telarañas.

Los dormitorios estaban en el piso. Subió por las escaleras preguntándose cómo había podido ser tan idiota como para aceptar la sugerencia de Sal Rourke para visitar un panteón semejante.

Claro que en cierto modo la cosa podría resultar un buen negocio, porque sólo el terreno, en un lugar como ese rincón de Beverly Hills ya valdría mucho más de lo que pagara por el precio del total.

Abrió la primera puerta y atisbo por ella. Era un dormitorio, tal como había imaginado.

La luz entraba pálida y sucia a través de los cristales del ventanal, empolvados, y las tenues cortinas casi hechas girones. Bajo esa luz fantasmal vio una enorme cómoda de ébano, un par de sillones y unas banquetas tapizadas, y una cama de matrimonio grande como un estadio.

El hombre que dormía en ella parecía perdido en tanta inmensidad.

Mike se quedó boquiabierto, mirando la oscura forma tendida en

el lecho. Era un hombre sin ninguna duda.

Avanzó cautelosamente, pisando como un gato por temor a despertarle y tener una escena violenta.

Sólo que cuando estuvo más cerca comprendió que aquel desgraciado ya no despertaría jamás como no fuera en el infierno.

Tenía una enorme herida en el pecho, una cuchillada que había sangrado en abundancia, empapando las ropas a su alrededor. Las ropas estaban rígidas como cartón.

«Pues sí que es como para comprar la casa», monologó, tratando de emerger de aquella especie de parálisis que le dominaba.

El rostro del muerto estaba contraído por la muerte y sus ojos abiertos y fijos en el techo. Eran unos ojos azules, semejantes a bolas de cristal.

Se convenció de que en su vida había visto a aquel hombre y retrocedió.

Estaba de nuevo en el rellano cuando allá abajo rechinó una puerta.

Michael notó que el pánico trataba de invadirle. Con cautela se asomó por la balaustrada y contempló la inmensidad del vestíbulo.

La puerta exterior continuaba abierta. Tal vez el aire la había movido, pero recordó que al entrar no había rechinado en absoluto.

Comenzó a bajar las escaleras extremando las precauciones y estaba a mitad de ellas cuando en alguna parte se cerró un cajón con más ruido del necesario. Ahora no le cupo duda de que había alguien más en la casa, aparte de él y el muerto.

De modo que acabó de bajar y conteniendo hasta el aliento se asomó por la puerta de la biblioteca.

Allí estaba.

Alguien inclinado sobre la mesa.

Bueno, después de todo era alguien de carne y hueso.

Suspiró, aliviado, y gruñó:

—¿No le enseñaron a llamar a las puertas antes de entrar?

El intruso dio un brinco, apartándose de la mesa, con lo que la luz del ventanal, aunque tamizada, le dio de lleno.

Entonces vio que si bien era cierto que se trataba de alguien de carne y hueso, lucía mucha más carne que hueso y, además, repartida estratégicamente. A primera vista, la dama parecía la clase de mujer que desean todos los hombres del mundo, pero que

solamente algunos millonarios pueden permitirse el lujo de poseer.

La dama balbuceó:

—¿Quién... quién es usted?

—Esa pregunta me corresponde hacerla a mí, puesto que llegué primero.

Adelantó unos pasos para apreciar mejor los detalles. Los largos cabellos negros sombreaban un bellissimo rostro de pómulos altos, ojos relampagueantes tan negros como su cabello y boca sensual, pero con esa sensualidad controlada capaz de hacer andar cabeza abajo al varón más recalcitrante.

El vestido que llevaba era lo bastante sencillo como para haber costado una pequeña fortuna y cubría un cuerpo elástico, dando un vivo énfasis a sus senos puntiagudos y sus caderas ondulantes. Las largas piernas eran de trazo impecable, y de toda ella se desprendía una sensación de poder y seguridad en sí misma que muy contadas mujeres poseen.

Dijo, con su voz de terciopelo:

—Me ha dado un buen susto.

—No hable de sustos hasta haber subido arriba.

—¿Arriba?

—Es todo muy complicado para expresarlo con simples palabras, así que hablemos llanamente. ¿Quién es usted? Ya le dije que esa pregunta me correspondía a mí por haber llegado primero.

—Bueno, vi la puerta abierta y entré.

—Así, sin más ni más.

—No exactamente. Hace años que veo esto cerrado como una tumba. Hoy vi abierto y no pude resistir la tentación. Y ahora...

—Ahora no me ha dicho quién es usted aún —le recordó él, interrumpiéndola.

—Lucy Alban. ¿Y usted?

—Michael Kelly. Y yo sí tengo una buena razón para estar aquí, pero la suya es increíble.

—Tan buena como pueda ser la suya.

—¿Usted cree? Yo voy a comprar la casa, por lo tanto es lógico que esté aquí, viéndola.

Ella se quedó mirándole estupefacta. Por primera vez pareció perder el control. —¿Que va a comprar esta casa?— balbuceó.

—Ajá.

—No puedo creerlo. ¡Pero si nadie la querría sabiendo las cosas que han sucedido aquí!

—No tengo prejuicios, usted sabe. Un crimen más o menos no creo que importe mucho.

—Está burlándose de mí.

—Le aseguro que no.

—Entonces, ¿es cierto que piensa comprar esta tumba?

—Y nunca mejor definida. Confieso que vine aquí sólo para complacer al vendedor. Ahora empiezo a pensar que sería una gran cosa comprarla. Con la publicidad gratuita que esto va a desencadenar, mi nombre subiría como la espuma.

—¿Qué publicidad? La gente ya ni se acuerda de lo que pasó; así que no creo que los periódicos le dedicasen su atención.

—Bueno, entre lo que pasó, lo que ha pasado y lo que va a pasar de inmediato, le apuesto doble contra sencillo a que sí se interesarán por mí y la casa.

Sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a la hermosa joven.

Tras encenderlos, comentó:

—Tal vez ahora quiera decirme cuál era su verdadero interés al colarse aquí dentro.

—¡Pero si le he dicho la verdad! Siempre había deseado ver esta casa por dentro, después de todo lo que pasó aquí y lo que publicaron los periódicos. Pero jamás tuve la oportunidad hasta hoy, que vi la puerta de par en par.

—¿Desde dónde la vio? Porque no me dirá que fue desde la calle.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué es eso, un tercer grado?

—Olvidelo. Después de todo, usted acaba de llegar, así que no puede tener relación con lo de arriba.

—Pero ¿qué hay arriba?

—¿De veras quiere saberlo?

—Naturalmente.

—Un tieso.

—¿Un qué?

—No está familiarizada con la jerga policial... Un fiambre, un muerto, hablando en cristiano.

—¿Bromea?

—Con la muerte, nunca. Es un tipo delgado, de cara afilada. Y ya lleva tiempo sin respirar.

Ella miró hacia la puerta. Luego a Mike y otra vez a la puerta.

De pronto, exclamó:

—¿Quiere decir que... que murió asesinado?

—A menos que él mismo se clavara un cuchillo en mitad del tórax, y luego se lo sacara y escondiera, sí, yo diría que fue asesinado.

—¡Dios!

La muchacha echó a correr y salió de la biblioteca. Mike la siguió pensando que ella solo quería abandonar la casa.

En lugar de eso, Lucy Alban se precipitó escaleras arriba. Toda la majestuosa plenitud de sus curvas se agitó con aquel violento ejercicio hasta el extremo de que Kelly hubo de aprobar complacido cuanto estaba viendo.

—¡La primera puerta, querida! —le indicó, sin moverse del umbral de la biblioteca.

Luego volvió atrás rápidamente, hacia la mesa. Había un cajón abierto y vacío. Probó los otros y estaban, asimismo, abiertos. En alguno todavía quedaban viejos papeles amarillentos. No pudo saber si la muchacha los había tocado o no.

Entonces la oyó gritar. Esbozó una mueca y gruñó:

—Ya lo vio por sí misma.

El grito se repitió, ahora apremiante, sofocado.

Mike dio un respingo y corrió hacia las escaleras.

—¡Eh! —gritó desde abajo—. ¡Sólo es un fiambre, no puede hacerle daño! Ella no respondió. En aquel instante, detrás de él, una voz profunda y gruñona le espetó:

—¿Está hablándoles a los guerreros medievales, amigo?

Giró sobre los talones y se encontró mirando cara a cara a un tipo que le pasaba casi un palmo en estatura.

Era recio y sobre su cráneo, los cabellos comenzaban a escasear.

—Otro —masculló—. ¿Quién demonios es usted?

—Al Baines. ¿Y usted?

—Michael Kelly, y esto está haciéndose monótono. ¿También usted vio la puerta abierta y entró a curiosear?

—Suelo entrar en el jardín de vez en cuando. Hoy lo hice y vi la

puerta abierta. Bueno, creo que olvidé mencionar que soy policía. Teniente Al Baines, de Homicidios.

—¡No me diga!

—¿Por qué se asombra?

—Porque no creo que jamás un oficial de Homicidios haya llegado tan oportunamente al lugar del crimen.

—¿Oportunamente? No desvaríe, hombre. El crimen se cometió hace siete años. Por lo menos, el primero.

—¿Y el segundo?

Había ironía en la pregunta.

Pero el policía ni se inmutó.

—Tres años atrás —dijo tranquilamente—. Y el tercero el año pasado.

—¡Madre mía!

—¿Qué le pasa?

—Que el cuarto debió ser perpetrado ayer.

—¿De qué está hablando?

—Del tipo acuchillado.

Baines dio un respingo.

—¿Dónde?

—Arriba. Precisamente estaba diciéndole a la chica...

El policía estaba ya en camino de las escaleras y se detuvo de nuevo como herido por un rayo.

—¿Qué chica? —barbotó.

—La que subió a verlo. Gritó del susto y...

Pero ya Baines saltaba los peldaños de tres en tres. Con un suspiro de resignación, Mike le siguió, aunque tomándose el ascenso con mucha más calma.

Cuando llegó arriba, vio la habitación tal como la dejara anteriormente, sólo que ahora la muchacha yacía en mitad del cuarto y el policía estaba inclinado sobre ella.

—Se desmayó —comentó desde el umbral—. No debí dejarla subir.

—En eso lleva razón, Kelly, o como infiernos se llame usted. Si no la hubiera dejado subir, ahora esta chica estaría viva.

CAPÍTULO IV

Michael tardó más de un minuto en recobrar el habla, y aún entonces no recobró la ecuanimidad.

—¿Quiere decir que está muerta también? —balbuceó.

—No hay nadie que pueda vivir con un cuchillo atravesándole el corazón. Venga aquí.

Avanzó tambaleándose.

El cuchillo estaba allí, hundido hasta la cruz en la espalda de la hermosa muchacha.

Baines se irguió mirándole como si le creyera autor del asesinato.

—Usted estaba gritando abajo —dijo—. ¿Le decía algo a la chica?

—¡Claro que le hablaba a ella! ¿Qué cree usted, que estaba conversando con el tipo de la cama?

Baines dio un vistazo al otro cadáver. Pero por el momento le interesaban más los vivos que los muertos.

—Deme su documentación, Kelly... Oiga... ¿Kelly? ¡Maldita sea, el tipo de los periódicos! Usted ya encontró otro fiambre en los estudios cinematográficos.

—Así es.

—Y aquí viene y se tropieza con dos más... ¡Condenación! Estamos perdiendo demasiado tiempo. Deme su documentación.

Kelly le entregó los documentos personales.

—¿Duda de mi identidad, teniente? —rezongó.

Baines se los metió en el bolsillo sin mirarlos siquiera.

—Nada de eso, pero quiero estar seguro de volver a verle. Salga y busque un teléfono. Llame a la brigada de homicidios en mi nombre y que venga el equipo. ¿Entendió?

—Seguro.

—Y luego regrese. Yo daré un vistazo por todo este enorme

mausoleo, aunque el criminal tiene tiempo de estar ya en las Bahamas.

Mike salió zumbando y Baines empezó un rápido registro del caserón. Había un millar de lugares donde esconderse y pasar desapercibido, eso él lo sabía mejor que nadie. No obstante, realizó una tarea rápida y meticulosa.

No encontró ni rastro de ser viviente alguno.

Cuando volvió a la biblioteca encontró a Michael sentado allí con gesto abatido.

—¿Cuándo regresó? —dijo de mal talante.

—Hace unos minutos.

—¿Y dónde cuernos estuvo tanto tiempo?

—Aproveché para tomar un trago por el camino. Lo necesitaba.

—Le creo. Y va a necesitar muchos más antes que yo acabe con usted.

Empezó a oírse una sirena lejana.

Mike gruñó:

Su gente, Baines. Oiga, ¿le importaría devolverme mis documentos?

—Claro.

Se los entregó de mala gana.

Los peritos de la brigada invadieron el vestíbulo en pocos minutos y el teniente repartió instrucciones con una voz que restallaba como un látigo.

Después, volvió junto a Kelly y le espetó:

—Ahora que tengo el asunto controlado, vamos a hablar usted y yo. ¿Qué estaba haciendo aquí?

—Bueno, una tontería...

—Es algo más que una tontería cuando hay dos cadáveres en danza.

—No me entiende. Vine a ver esta casa porque me ofrecieron vendérmela por poco dinero.

Baines enarcó las cejas, estupefacto.

—¿Piensa usted comprar esta casa? —exclamó.

—Ahora me he enfriado.

—Pero ésa era su idea, ¿eh?

—Cierto.

—¿Por qué?

—¡Cuernos! Acabo de decírselo. El precio era una ganga.

—Y después de dos asesinatos más, aún lo rebajarán más. ¿Por qué quería comprarla en realidad? ¿Esperaba embolsarse el millón y medio de dólares?

Michael se quedó boquiabierto.

—¿De qué está hablando ahora? Oiga, teniente, estoy diciéndole la verdad. Por un cuarto de millón me ofrecían la casa y el terreno que hay alrededor. Por eso vine a verla, porque sólo el terreno podría valer mucho más.

—¿Y no le extrañó semejante ganga?

—No, teniendo en cuenta que era la casa donde se cometió un crimen... Bueno, tres crímenes...

—Cinco.

—Esos dos últimos no cuentan para lo que estamos hablando. Pensé que la gente no quería comprarla por superstición o algo así, ya sabe lo que quiero decir. —No lo creeré en mil años. Y menos teniendo en cuenta que los periódicos están hablando de usted a toda página... en relación con otro asesinato.

—¿Cree que me divierte tropezar con cadáveres ensangrentados, teniente?

—No sé si le divierte o no, pero estoy seguro que por lo menos no le disgusta. Están promocionando su nombre en una campaña que si tuviera que pagarla le costaría un par de millones, como mínimo. Usted es guionista, ¿eh?

—Sí, soy escritor, pero no soy idiota. Toda esa fama que usted me atribuye con los crímenes me vuelve loco, pero en sentido contrario a como usted cree. La detesto.

Está haciéndome migas, lo crea o no.

—Desde luego que no le creo.

Se oyó un frenazo en el exterior y el chirrido de unas llantas en la gravilla. Instantes después, un hombrecillo calvo como una bola de billar, con ojos de fauno ocultos detrás de unas gafas enormemente gruesas, asomó la cabeza por la puerta.

—¿Baines? —Ladró—. ¿Qué me ha preparado otra vez?

—Hola, doctor. Tengo dos tiesos para usted.

—Ahora de dos en dos, ¿eh? Cada día es usted más considerado.

—Seguro. Y uno de los cuerpos le gustará. Es toda una mujer. ¿O debo decir era, doctor?

—Usted tiene una mente pornográfica, Baines. ¿Dónde está esa maravilla?

—Arriba, ya verá la actividad.

El hombrecillo calvo desapareció como barrido por un huracán.

Mike gruñó:

—Hablan ustedes de los muertos como si fueran un chiste.

—Hemos visto tantos que... Pero usted no lo entendería. Volvamos a lo nuestro.

¿Y la chica, vino con usted?

—Nones.

—Entonces, ¿de dónde salió?

—Cuando yo estaba arriba, viendo el cadáver de la cama, oí ruidos aquí abajo. Era ella. Se había colado en la casa lo mismo que se metió usted.

—¿Por qué? ¿Se lo dijo?

—Quiso tomarme el pelo, desde luego. Dijo que había visto la puerta abierta y que decidió entrar y ver, que siempre lo había deseado y que al fin tenía la ocasión...

—Mintió, claro.

—Eso pienso yo.

—¿Qué nombre le dijo que era el suyo?

—Lucy Alban. Quizá también fuera falso. Con una dama de ese calibre, uno nunca sabe a qué atenerse.

—Eso usted debe saberlo bien, Kelly. En su mundo las tienen a paladas de todos los tipos. Todas esas aspirantes a estrellas son capaces de todo con tal de conseguir un buen papel.

—Usted ha leído las páginas equivocadas, teniente. Yo soy sólo guionista.

—No importa, todos ustedes son iguales. ¿Cree que nací ayer?

Mike suspiró y desistió de continuar la discusión de semejante tema.

Tras una pausa, Baines prosiguió:

—Supongo que no había visto nunca antes a esa dama, ¿eh?

—En absoluto.

—¿Quién le ofreció la casa en venta?

—Un agente, Sal Rourke. Vende todo lo que se le pone por delante y se ha especializado en la gente del cine, de la televisión, de los estudios...

—¿Y él le dio las llaves?

—Claro.

—Me ocuparé de eso. Hay una agencia inmobiliaria que posee la exclusiva de venta... cuando llegue el momento de vender. Sanborn y compañía se llaman.

—No he tenido ningún trato con esa gente, sólo con Rourke.

Baines se volvió hacia la puerta cuando uno de sus hombres apareció en ella.

—Hemos acabado con las fotos, teniente —anunció—. No hay huellas dactilares, pero sí de pies en el polvo del suelo.

¿De quién?

De la mujer y de tres hombres claramente diferenciadas.

—¿Tres?

—Así es, teniente.

—Ahí puede que haya algo interesante. Usted dice que entró en el cuarto, ¿no es cierto, Kelly?

—Fui hasta la cama.

—Huellas de pies distintos. Las tuyas, las del hombre muerto y las mías, puesto que yo también entré. Entonces, ¿dónde están las del asesino?

El perito se quedó boquiabierto.

Kelly sintió un escalofrío en la espalda.

—Ha de haber otras —balbuceó—. No puede ser de otro modo, teniente.

—Cuando los expertos aseguran que no las hay, es que no las hay. ¿No es así, Max?

—Cierto. Hemos fotografiado cada juego. Tres pares distintos de zapatos de hombre y uno de mujer.

—Ya lo oye, Kelly.

—No voy a creer en fantasmas a mi edad, teniente.

—Yo tampoco. Debe haber una explicación lógica. Vaya arriba y encuéntrala, Max.

—Así, como quien resuelve una operación matemática, ¿eh?

—Hijo, usted nunca estudió matemáticas. ¿Es que no es una operación de ese tipo? Entramos cuatro personas distintas en la habitación, más la mujer, en total cinco. Si sólo hay las huellas de cuatro, es que la operación está mal planteada. Vaya y resuélvala.

Max soltó un bufido y se largó.

Baines dijo, entre dientes:

—Espero que no acabe colgándose de la lámpara. Ya puede irse, Kelly. Le mandaré llamar para que redacte una declaración en mi oficina.

—De acuerdo. ¿No quiere un molde de las suelas de mis zapatos, teniente?

—¡Largo!

Michael se fue apresuradamente, sólo que no se dirigió a la calle aún, sino que se internó por los descuidados jardines, calculando la extensión de terreno que circundaba el caserón.

Cuanto más lo admiraba, más convencido estaba de que sería un buenísimo negocio adquirir la propiedad, especialmente ahora que podría apretarle los tornillos a Rourke para que bajara el precio.

Cuando emprendió el viaje al centro estaba decidido.

CAPÍTULO V

En el apartamento estaba sonando el teléfono cuando llegó.

Lo descolgó de un zarpazo.

—¡Hable!

—¿Kelly?

La voz sonó estridente como un ladrido.

—¿Quién otro iba a contestar en mi teléfono? ¡Claro que soy Kelly!

—Aquí, Hamilton.

—Oh... ¿Se encuentra usted mejor, señor Hamilton?

—¡Al diablo como me encuentre! Venga aquí. Llevo horas intentando localizarle.

—¿Qué ocurre, señor Hamilton?

—¡Sólo venga!

Sonó un estrépito y el auricular quedó mudo.

Colgó, fastidiado. Entró en el dormitorio y empezó a desvestirse para cambiar sus ropas llenas de polvo.

Estaba a la mitad cuando el teléfono zumbó de nuevo. Fue hacia el aparato a paso de carga.

—¿Qué maldita cosa ocurre ahora? —tronó.

—¡Mike!

Esta vez, la voz fue tan suave como el terciopelo, a pesar de su acento de sorpresa.

—¿Vivienne?

—Claro. ¿Cuántas mujeres acostumbran a llamarte, querido?

—Docenas, millares... Pero ninguna es rubia, sólo tú. Disculpa mi grito inicial. Creí que se trataba de un tipo.

—Sólo te llamaba para recordarte que teníamos una cita... Ayer.

—¿Es que tú no lees los periódicos?

—¿Para qué?

El casi se llevó las manos a la cabeza.

—Esta vez léelos, te instruirás y verás la razón por la que nuestra cita se esfumó. Y cuando leas los de la noche averiguarás también por qué no puedo fijar otra todavía.

—¿Estás hablándome en chino, Mike? No entiendo nada.

—Lee los periódicos.

Colgó y acabó de vestirse.

Estaba cerrando la puerta cuando una vez más el teléfono repiqueteó.

Gruñendo entre dientes volvió atrás y descolgando el auricular dijo pacientemente:

—¿Quién es esta vez?

—El hombre que le matará si compra la residencia Watts.

El teléfono casi escapó de sus dedos.

—¿Cómo dijo? —balbuceó.

No la compre, Kelly, si quiere vivir.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Mike rechinó los dientes, lleno de furia.

Si Rourke hubiese querido decidirle no habría podido hallar una estrategia mejor.

Sólo que ya estaba decidido.

La oficina de Cecil Hamilton era tan impresionante a su modo como podían serlo los decorados de la Roma imperial. Salvando las distancias, por supuesto.

Pero era colosal en proporciones, con las paredes recubiertas de fina madera, muebles regios esparcidos en lugares estratégicos, una mesa tras la que el hombre casi desaparecía, y una pared ocupada por un inmenso ventanal desde el que se divisaba una soberbia panorámica de Hollywood.

Mike caminó hasta la mesa y se dejó caer en una butaca, casi desapareciendo dentro de ella.

—Bueno, ¿qué es lo que pasa ahora? —indagó.

—¿No ha oído las últimas noticias?

—¿Cuáles? Porque yo las tengo tan recientes que le harían saltar de ese sillón.

—¡Van a hacerme saltar! —estalló el magnate—. Robaron dos rollos de su película.

—¿Qué película?

—Su monstruo de romanos. ¿Cuál iba a ser?

—¡Pero si ya estaba rodada por completo!

—¿Cree que no lo sé? —Gruñó Hamilton, con voz maligna—. Pero sin esos rollos, es como si no lo estuviera. Faltaba positivarlos, y si hay que volver a rodar todas esas secuencias, alguien se pegará un tiro. Yo.

—Por eso mataron a Powys... para robar esos rollos...

—Ni más ni menos. Y son escenas culminantes, con todos los protagonistas en acción. Volver a rodarlas costará ahora más que media película porque muchos decorados de interiores fueron destruidos... Sería la ruina, y los accionistas pedirían mi cabeza.

—¿Y qué espera que pueda hacer yo?

Hamilton suspiró, echándose atrás en su sillón.

—Trate de recordar al piel roja que vio. Necesitamos identificar a ese hijo de perra tanto como el aire que respiramos.

Mike sacudió la cabeza.

—Es inútil, señor Hamilton. Ya lo intenté. La policía estuvo estrujándome sobre lo mismo. No resultó. Sólo era un tipo caracterizado de piel roja, con la cara pintarrajeada, armas, plumas y todo lo demás. Ni siquiera me fijé en sus facciones.

—Era mi última esperanza, Kelly...

—Creo que se está precipitando. Quienquiera que sea el ladrón de los rollos, se pondrá en contacto con usted. ¿Para qué diablos los va a querer si no es para vendérselos de nuevo? Una especie de chantaje a gran escala, a mi entender.

—Ya pensé en eso, y sólo imaginarlo me pongo enfermo. ¿Cómo me presento ante el consejo pidiendo el dinero para rescatar dos rollos de esa película? Eso suponiendo que el precio que el maldito bastardo pida sea razonable.

—Pues es lo único que se me ocurre. O eso o volver a rodar todo ese material.

Hamilton emitió un quejido.

—Y convocar a las estrellas, a los protagonistas y un par de millares de figurantes..., montar nuevos decorados; pagar otra vez a los técnicos y el personal del estudio... ¿Tiene, usted idea de lo que eso costaría?

—Ni la más remota.

Hamilton se llevó las manos a la cabeza.

—¡Voy a volverme loco! —bramó.

Mike se abstuvo de hacer ningún chiste en esta ocasión. El comprendía mejor que nadie la catástrofe que aquello significaba...

—¿Cree que puedo hacer algo por mi parte? —insinuó.

—Sólo identificar al hijo de perra que... ¡Oh, al diablo! Ya ha dicho que no puede.

—¿Qué estuvo haciendo la policía después que yo me fui?

—Confeccionaron una lista de todo el personal que interviene en el rodaje del *western*, para interrogarlos uno a uno y comprobar a qué hora abandonaron el estudio. No han sacado nada en limpio.

Michael se quedó mirando a Cecil Hamilton con el ceño fruncido. Hamilton siempre había sido un águila para los negocios cinematográficos. Había sabido manejar a accionistas, banqueros y estrellas con la misma sabia política.

Sin embargo, carecía de una cualidad imprescindible en los buitres que reinaban en ese mundo implacable donde se barajaban millones todos los días. No era despiadado, ni carecía de sentimientos. Era incapaz de hundir a un competidor por el mero placer de que todo el mundo conociera su poder.

Ni siquiera se entregaba al deporte favorito de los tipos que ocupaban su posición. El deporte de llevar a sus divanes a las aspirantes al estrellato.

Mike sintió una viva compasión por él en esos instantes en que parecía derrotado.

—Es el final, Kelly —dijo, de pronto—. De cualquier modo que ocurran las cosas, el consejo me dará el puntapié en —el trasero. Y no sólo eso... Perderé casi un millón de mi propio bolsillo. En fin, lamentarse no creo que nos conduzca a nada. Eso es todo, muchacho. Sólo le llamé ante la esperanza de que pudiera identificar al hijo de perra que mató a Powys y se llevó los rollos.

Michael se levantó.

—Me gustaría saber qué debo decir en estas circunstancias, señor Hamilton.

—No diga nada. Sólo adiós.

Mike se dirigió a la puerta. Estaba a mitad del largo recorrido cuando se detuvo en seco, volviéndose.

—Se me ocurre una cosa, señor Hamilton...

Si no es el paradero de la película, temo que de nada va a servir.

Deje que se lo diga de todos modos.

—Mientras no nos ocupe mucho tiempo, adelante...

—Hace dos años, cuando usted asumió la presidencia...

—¿Sí?

—Frederick Connors, señor.

Hamilton arrugó el ceño, perplejo.

—¿Connors? —masculló—. ¿Qué diablos tiene que ver...?

—¿No cree que esto podría ser instigado por él? Juró públicamente que le ajustaría las cuentas porque consideraba que esta presidencia le correspondía a él. Hamilton se quedó lívido.

—¡Está loco, Kelly! Connors no llegaría hasta el crimen por una venganza absurda.

—Tal vez el crimen no entraba en sus cálculos. Ni él, ni el hombre que pagara para llevar a cabo el robo podían saber que Powys estaría aún en el laboratorio a aquellas horas. Recuerde que sólo estábamos aquí usted, yo y Powys. Pero lógicamente, ni yo ni Powys debíamos seguir en el estudio a esa hora.

Hamilton reflexionó sobre semejante posibilidad.

—Si fuera cierto... —musitó.

—Lo malo está en probarlo, pero es una posibilidad a mi modo de ver. Nadie pudo haber imaginado una manera mejor de hundirle a usted en la corporación, aparte de arruinarle.

—Desde luego que no. Pero no puedo imaginar a Connors tramando una canallada semejante...

—Piénselo. Es lo único que se me ocurre.

Cuando abandonó el despacho definitivamente, Hamilton parecía hundido en la sima del desaliento.

Atravesó las calles de los estudios hacia donde había dejado el «Mustang» rojo.

Junto al coche estaban el teniente Baines y el oficial del condado que llevaba el caso del asesinato de Powys.

CAPÍTULO VI

El oficial se llamaba Slater, era alto y delgado y sus ademanes parecían desgarrados a causa de la desmesurada longitud de sus miembros.

No obstante, sus ojos eran inteligentes y astutos.

—El teniente Baines dijo que ya se conocían ustedes, Kelly.

—Seguro. ¿Qué les pasa ahora?

Baines dijo:

—Usted es un peliculero, Kelly. Necesito su colaboración.

—Sólo escribo guiones, no me atribuya méritos en otro sentido.

—Nada de eso, pero a los demás técnicos del estudio no les conozco y a usted sí.

¿Qué significa para usted Meroy Cream?

Mike parpadeó, asombrado.

—Es una crema de maquillaje. Una de las mejores.

—¿Se utiliza aquí?

—No lo sé, supongo que sí. La Crema Meroy es la base de todo buen maquillaje para actuar ante las cámaras. ¿A qué viene eso, teniente?

—Bueno, necesito saber si los pieles rojas que ruedan actualmente un *western* emplean esa crema.

Un escalofrío culebreó por la espalda de Michael.

—¡Dios bendito! ¿Tiene una pista del piel roja que yo vi?

—Es posible.

—¿Quién?

—Primero veamos esa crema.

—Síganme.

Se encaminaron a la nave donde trabajaba el equipo del *western* en rodaje. Era el único que estaba en acción porque no había ningún otro filme en rodaje al haber terminado dos días antes la película basada en su guión.

Les bastó un vistazo al camerino colectivo para salir de dudas. Había frascos de Meroy Cream por todas partes.

De nuevo al aire libre, encendieron sendos cigarrillos antes de que Mike, incapaz de contenerse, exclamara:

—¿Y bien?

Baines suspiró.

—El cadáver que usted vio tendido en la cama, tenía rastros de esa crema Meroy en la cara.

Kelly perdió el habla durante unos instantes.

—¿Está seguro? —balbuceó al fin.

—Él forense fue quien lo advirtió. Retiró unas muestras y las mandó analizar. No fue difícil identificar qué era, y más fácil resultó todavía descubrir a qué marca pertenecía la crema. Por lo demás, el tipo llevaba doce horas muerto.

—¡El asesino de Powys! —jadeó Mike, estupefacto.

¿No le choca que apareciera en la misma casa adonde había acudido usted?

No empiece otra vez, teniente. Yo fui allí para quitarme de encima a Rourke, nada más. Sólo que viendo el terreno y la casa empieza a interesarme de veras comprarla.

—Cada uno es libre de hacerse matar donde se le antoje.

—Eso no tiene gracia. Ya me han amenazado por teléfono.

—¿Cómo?

—Alguien me llamó por teléfono. Dijo que si compraba la residencia Watts me mataría o algo así.

Los dos policías cambiaron una mirada. Habían llegado de nuevo junto a los coches y el oficial del condado abrió el suyo y descolgó el teléfono.

Cuando obtuvo comunicación habló brevemente con alguien y luego salió del coche. Tenía el ceño fruncido.

—Tuviste razón, Baines —gruñó—. Acabo de saber el informe del laboratorio. Lo que había en las uñas del cadáver era sangre humana, seca, del mismo tipo que la de Powys. Ya no cabe duda que era el asesino.

—Eso nos permitirá trabajar con más seguridad, pero de momento no nos ayuda poco ni mucho.

Los dos policías se fueron y Mike volvió sobre sus pasos, hacia el despacho de Hamilton.

Encontró al magnate en el vestíbulo y le detuvo apartado de posibles oídos indiscretos.

—No dispongo de mucho tiempo, Mike —refunfuñó Hamilton, sombrío—. Voy a convocar una reunión con el consejo y...

—Tal vez fuera preferible que esperase un poco, señor Hamilton.

—¿Por qué?

—La policía ha descubierto el cadáver del hombre que mató a Powys.

El productor se tambaleó.

—¿Muerto? —jadeó.

—Seguro. Yo le vi, aunque sin saber de quién se trataba.

Le contó a grandes rasgos sus aventuras en el caserón y la reciente entrevista con los dos oficiales de policía.

—Eso demuestra que el tipo que mató a Powys y robó la película actuaba por cuenta de alguien que le cerró la boca cuando ya no le necesitó.

Hamilton parecía anonadado.

—¿Y qué sugiere usted ahora, Kelly?

—Esperar. El bastardo que tiene la película habrá de dar el siguiente paso. Entonces sabrá usted a qué atenerse, pero me parece a mí que cometerá un error si hace público en este momento el robo de esos negativos.

Hamilton le observó fijamente. Incluso logró sonreír.

—Es usted un muchacho inteligente, Kelly —runruneó—. Siempre lo supe. ¿Dijo usted que estaba escribiendo algo colosal sobre el antiguo Egipto?

Y se fue apresuradamente rumbo a su despacho.

Mike le siguió con la mirada. Tenía medio vendido su próximo guión.

CAPÍTULO VII

Sal Rourke le palmeó la espalda cuando salieron de las deslumbrantes oficinas de Sanborn y compañía.

—Has hecho el mejor negocio de tu vida, Mike —cacareó él vendedor.

Kelly dio un vistazo a la escritura de propiedad que era portador y gruñó:

—Quisiera estar tan seguro como tú. Ocurren cosas muy raras en aquella casa.

Rourke soltó una risita.

—No vayas a dejarte impresionar por eso —dijo—. El hecho de que alguien se haya hecho matar allí, no es como para despreciar una ganga semejante.

—En todo caso, son cinco «alguiens», Sal.

—Si tienes tanto miedo, ¿por qué la has comprado?

—Porque realmente era una ganga. Pero maldito si me traslado a vivir allí hasta que se hayan aclarado todos estos crímenes.

—Eso es cosa tuya. Ahora, la casa es tuya.

—Y tuya la comisión.

—Naturalmente, pero gracias a tus regateos me la han rebajado... Si yo hubiese tenido dinero suficiente no te habría ofrecido a ti semejante oportunidad.

—Mira, Sal, por una temporada no aparezcas ante mi vista o te saltaré los dientes. No quiero que me endoses un castillo en Escocia o un buque de guerra o algo así. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Perfectamente. Suerte, Mike.

Rourke se largó. Anocheceía y titubeó entre llamar a la rubia para celebrar la compra del caserón, o encerrarse a trabajar un poco en su estructurado guión.

Al fin entró en una cabina telefónica y discó el número de la muchacha rubia.

—Aquí Mike —dijo—. ¿Te acuerdas de mí?

—Ojalá te pillara un camión. ¿Qué crees que debo...?

—Cálmate. Tengo una mesa reservada para cenar.

—Puedes comértela. Tengo otro compromiso.

—Te desconozco, cariño.

—De veras, Mike. Me cansé de esperar.

—Lo siento.

—Yo también. ¿Me llamarás mañana?

—Claro.

Colgó. Después de todo, era sólo una rubia y en la ciudad era fama que había más rubias por milla cuadrada que en todo el resto del país.

De modo que entró en el edificio donde estaba su apartamento. El conserje que atendía la recepción dio un respingo al verle.

—¡Estuvieron llamándole toda la tarde, señor Kelly! —anunció.

—¿Quién?

—De los estudios.

—Gracias.

—También vino una dama preguntando por usted.

Eso me interesa. ¿Cómo era?

Rubia. —El conserje puso los ojos en blanco en actitud de éxtasis—. ¡Qué dama, señor Kelly! ¿De dónde las saca?

—A veces yo mismo me lo pregunto. ¿Qué dijo ésa en particular?

—Nada. Sólo quería verle, pero no dejó ningún recado.

—Espero que vuelva..., si es así mándela arriba y asegúrese de que no equivoca el camino.

—Descuide.

Entró en el elevador y el aparato se lanzó hacia las alturas como un cohete. Arriba, Mike abrió la puerta de su apartamento. Sólo dio un paso adelante y se detuvo en seco.

Había luz en el dormitorio. El resto del piso estaba a oscuras, de modo que la rendija de la puerta entornada brillaba claramente en las tinieblas.

Cerró la puerta silenciosamente y avanzó con cautela, los nervios tensos y presto a repeler cualquier ataque.

Empujó un poco la puerta y miró dentro.

No se produjo ningún ataque, pero el impacto que recibió,

aunque sólo visual, fue comparable al de un mazazo.

Había una mujer tendida en la cama, dormida. Sus senos se agitaban suave y rítmicamente al compás de su respiración.

Llamó a la puerta con los nudillos y ella abrió los ojos.

—Tal vez quiera pagar también el alquiler del apartamento, si le gusta mi cama —dijo Michael.

Ella se desperezó, incorporándose para poner los pies en el suelo.

—Hola —susurró—. Me llamo Mónica, ¿sabe?

Sus cabellos largos eran rubios y brillantes. Era alta y se movía con la gracia de un sauce y llevaba una blusa y pantalones ajustados, negros, que se ceñían a sus muslos como una segunda piel. En realidad, se ceñían a su cuerpo con tal perfección que moldeaban al detalle su cintura increíblemente estrecha, sus firmes caderas y creando una auténtica armonía de curvas suaves.

—Mónica —repitió Kelly, incapaz de despegar la mirada de aquella sugestiva maravilla—. Es un bonito nombre, pero que no explica qué demonios está haciendo aquí.

—Intenté verle hace horas. Usted no estaba y decidí esperarle.

—Claro, colándose en mi apartamento.

—La verdad que estas cerraduras de serie no son de fiar.

Se contoneó al acercarse a él. Cada pulgada de su cuerpo parecía tener movimiento propio, el movimiento preciso para que todo el mundo supiera a qué atenerse al respecto.

—Párese ahí —dijo Mike, precipitadamente.

Ella se detuvo a escasa distancia, parpadeando.

—¿Tiene miedo de mí? —siseó.

—No de usted...

—¿De qué, entonces?

—De mí. No quisiera ser detenido por atentado. Si quiere hablarme hágalo a distancia. Hoy he tenido un día muy duro.

—Lo lamento. Pero lo cierto es que sí quiero hablarle.

—¿De qué?

—He leído los periódicos, ¿sabe? En todos aparece su fotografía..., aunque es más atractivo al natural.

El apenas podía creerlo.

—Oiga, hermana, ¿de qué manicomio ha escapado usted?

—¿Le parece poco manicomio esta ciudad? Vivo en ella y eso ya

debería ser suficiente castigo para tener que soportar encima otras cosas. Nos estamos desviando otra vez —dijo con un mohín—. Los periódicos hablaban de dos crímenes cometidos en la casa de Paul Watts, y que usted estaba allí porque se interesaba en comprarla.

—¿Y...?

—Quiero hacer un trato con usted, Michael Kelly.

—¿Qué clase de trato, quizá que no compre la casa?

—Ni mucho menos. Precisamente todo lo contrario. Cómprela. Luego, lléveme allí con usted.

—Decididamente, hoy no es mi día. ¿Para qué diablos se supone que he de llevarla conmigo?

Mónica abanicó las largas pestañas.

—Otro cualquiera no necesitaría que se lo deletreara. Pero eso sería marginal en todo caso, estrictamente marginal. Nuestra asociación sería de negocios.

—Sigo a oscuras.

—No trate de salirse por las ramas, Mike. Usted compra aquella monstruosidad sólo por una razón. El millón y medio de dólares que se volatilizó. Todo el mundo está seguro de que sigue oculto en algún lugar del caserón.

—Ya veo —suspiró él, buscando un cigarrillo y encendiéndolo—. Usted piensa que si se asocia conmigo partiremos esa montaña de billetes.

—Ni más ni menos.

—Hasta aquí, y a pesar de que la cosa no tiene ni pies ni cabeza, no veo una sola razón para que deba aceptar su trato, si yo soy quien compra la casa. ¿Por qué partir ese millón y medio si puedo quedarme con todo?

—Porque yo puedo ayudar a buscarlo... y encontrarlo. Tengo una pista.

—Si eso fuera cierto, ya habría registrado todo aquello por su cuenta.

—Nones. Me gusta el dinero, pero no soy idiota.

—Explíquese.

—En primer lugar, entrar en esa fortaleza no es tarea fácil para una chica sin experiencia de revientapisos. Por otro lado, ya han matado a varias personas allí dentro, de modo que no deseo acabar sirviendo de diversión al médico forense. Por eso nos necesitamos

mutuamente usted y yo.

—¿Dice que tiene una pista del escondrijo del dinero?

—Sí.

—¿Y espera que la crea?

Ella suspiró. Sus apretados senos empujaron la blusa hasta límites peligrosos.

Mike bizqueó ante el espectáculo.

—No vuelva a hacer eso —balbuceó—. Toda resistencia tiene un límite.

—¿Se refiere a la blusa?

—A mí. ¡Maldita sea, está desconcertándome! Todo esto es un asunto de locos.

Ella dio otro paso hacia Mike. A él se le antojó una pantera de movimientos sinuosos.

—Piénselo —susurró—. ¿No sería un buen negocio?

—Todo el mundo me propone buenos negocios de unos días a esta parte.

—¿Va a comprarla, Mike?

Otro paso. A él le temblaban las piernas.

—Ya la compré —dijo con voz ronca—. La casa es mía desde esta tarde.

A la muchacha se le iluminaron los ojos.

—¡Mike, eso es estupendo! —exclamó.

Debía serlo tanto, que le echó los brazos al cuello y su boca sufrió los efectos traumatizantes de una llamarada.

Se encontró con la muchacha colgada materialmente de él, mientras su aliento ardía y una corriente de alto voltaje parecía circular por sus miembros a velocidad de vértigo.

Cuando al fin ella se separó lo justo para respirar, deslizándose a lo largo de él para volver a tocar con los pies al suelo, Mike barbotó:

—Otro asalto como éste y te acusarán de asesinato.

—¡Oh, Mike, es tan maravilloso!

—¿Qué tiene de maravilloso?

—Todo. Que hayas comprado la casa, que vayamos a medias, que me beses de ese modo...

El dio un respingo.

—¡Para, nena! Lo precipitas todo de un modo delirante.

—¿Vas a volverte atrás ahora?

Enredó sus dedos largos y sensitivos en los cabellos de él y sonrió.

Aquella sonrisa era capaz de diluir un iceberg.

—Yo no dije que aceptara partir el botín contigo —dijo al fin Kelly—, porque no creo que exista ese botín. Pero aún si existiera seguiría diciendo que no porque no quiero que te maten también.

CAPÍTULO VIII

El teléfono scandalizó obligándole a emerger del mundo de los sueños.

Tanteó en la penumbra mientras el timbre seguía atronándole los oídos.

La voz runruneante de la muchacha llegó desde alguna parte:

—¿No puedes hacerlo callar, querido?

Atrapó el auricular al fin. Una voz conocida estalló en su oído:

—¡Kelly! ¿Dónde diablos estaba?

—¿Cómo que dónde? Durmiendo, naturalmente.

—¡Naturalmente! A las doce del mediodía. ¿Está burlándose de mí?

—¿Las doce? —Se incorporó de un brinco. Las pesadas cortinas impedían la entrada de la luz, pero incluso así podía adivinarse el sol allá fuera—. Lo siento, señor Hamilton —gruñó—. Anoche me acosté muy tarde. ¿Qué ocurre?

—Ya estalló el asunto, eso es lo que ocurre.

—¿Qué?

—¡Cinco millones de dólares!

Se quedó boquiabierto, como si quisiera comerse el auricular.

—Repítalo —balbuceó.

—Una llamada telefónica. El tipo pide cinco millones para devolver las dos bobinas de película. En caso contrario, las destruirá.

—¿Va usted a aceptar el trato?

—¡Ni en mil años! Creo que ya es hora de que actúe como se espera de un hombre que ocupa mi puesto. Volveré a rodar todo lo que falta.

—Y le costará más.

—Muy poco más, pero ese hijo de perra podrá irse al infierno.

—¿Hizo algo respecto a Connors?

—He encargado a una agencia de investigación que trate de averiguar si alguna vez tuvo tratos con el hombre que usted encontró muerto. El que conservaba rastros de maquillaje en la cara, ya sabe.

—Claro. Así que va a rodar de nuevo.

—Ahora mismo voy a cursar las convocatorias.

—Me alegro. Por lo menos eso significa salir de la inactividad.

—Le he llamado para algo más. Ocúpese de hablar con Cindy personalmente, ¿quiere? Usted intimó con ella durante el rodaje, según ha llegado a mis oídos. Explíqueme la situación y tal vez consiga que sus demandas de salario sean lo más reducidas posible.

—¡Pero ella es la protagonista, no querrá ceder!

—¿Y para qué cree que le pido que vaya a hablarle? Le repito que han llegado ciertos rumores a mis oídos. Detesto los chismorreos, pero creo que usted incluso llegó a perturbar el rodaje, retrasando la incorporación de Cindy al *set*.

—Habladurías, señor Hamilton.

—Sí, claro, pero usted tiene un contrato con nosotros... Recuérdele. Y colgó.

Mike saltó de la cama. En la penumbra vio la rubia cabellera desparramada por la almohada del lecho gemelo y suspiró. La muchacha había vuelto a dormirse plácidamente.

Cuando abandonó el apartamento, Mónica continuaba dormida y así la dejó. Era una muchacha sorprendente aquélla. No recordaba que en todos los días de su vida hubiera conocido a otra parecida en ningún aspecto.

Excepto Cindy, tal vez, aunque ésta fuera mucho más artificial, más sofisticada y exigente.

Condujo el «Mustang» hacia la residencia de la estrella. Cindy Charice tenía una casa espectacular, con una piscina de proporciones oceánicas, la mitad de la cual penetraba dentro de la propia casa, creando un conjunto fastuoso y exótico como pocos.

Toda la gran finca estaba rodeada por una pared de tres metros de altura coronada por una ristra de puntas de lanza. El portalón de entrada era accionado electrónicamente desde la casa cuando el visitante se identificaba a través del micrófono disimulado en la columna de la izquierda, a la altura conveniente para que uno no tuviera que apearse del coche.

Sólo que cuando Mike llegó, la reja estaba abierta de par en par, y más allá se extendía el paseo de hormigón bordeado de extensas praderas de césped.

Intrigado, atravesó la entrada y condujo hacia la casa, que apareció al otro lado de una espesa barrera de árboles.

No vio a nadie por ninguna parte. Hizo sonar el claxon varias veces. Cindy disponía de servidumbre en la gran casa y alguno debía acudir al oír el escándalo.

Pero no salió nadie al porche de entrada.

Se apeó del «Mustang», sintiendo una extraña sensación en la nuca, como si millares de ojos estuvieran espiándole desde todos los ángulos.

Llegó a la esquina y vio brillar las aguas de la inmensa piscina bajo el sol, reflejándose con destellos cegadores en la pared de cristal que la dividía en dos, de modo que una parte quedara dentro del jardín interior de la casa.

—¿Hay alguien aquí? —gritó.

Le respondió el susurro del aire entre el follaje de los árboles.

Decidiéndose, entró por la escalinata al interior de aquel jardín, cuya conservación debía costar una fortuna. Allí dentro, el agua de la piscina no reflejaba el sol ni estaba tan limpia como en el exterior.

El agua allí tenía un color rosado tenue.

En los primeros instantes, Mike la miró perplejo. Luego, al acercarse más, descubrió el cuerpo hundido en el fondo, y la especie de girón de niebla roja que parecía desprenderse de él, enturbiando el agua y casi saltó hacia atrás.

La sangre aún brotaba del cuerpo.

Dio tal salto hacia el interior de la casa, que estuvo a punto de derribar una tumbona.

Hervía de ira porque había reconocido en aquel cadáver a la maravillosa estrella que llegara a conocer durante el rodaje de su película.

Recorrió la casa ansiando ferozmente encontrar al asesino. No necesitarían juzgarlo cuando él terminase con aquel engendro.

No encontró a nadie.

Cuando regresó a la piscina, el cuerpo había dejado de sangrar. Lo miró unos instantes a través del agua turbia y luego fue en busca

del teléfono.

Sólo que antes de descolgarlo lo pensó detenidamente. Otro cadáver en su camino desbordaría la capacidad de comprensión del teniente Baines... y de cualquier policía.

De modo que desistió de llamar y abandonó la casa inmerso en el dolor que aquella muerte le producía.

Instintivamente condujo de regreso a su propio apartamento. No se sentía con fuerzas de darle la noticia a Cecil Hamilton aún. También para el productor sería un golpe mortal, por cuanto ahora ya no podría volver a rodar las secuencias sustraídas. No podría repetir aquella parte de la película porque ya no vivía la protagonista.

Cuando entró en el apartamento le asaltó el aroma del café preparado y encontró a Mónica en la cocina.

Ella le abrazó, besándole sin palabras. Luego, musitó:

—Me puse muy triste cuando vi que te habías marchado.

—No quise despertarte.

La muchacha se fijó en su cara y arrugó el ceño.

—¿Qué sucede, Mike?

—Te lo contaré después. ¿Te queda un poco de café?

—Naturalmente.

Bebió un gran tazón casi abrasándose el paladar. Encendió un cigarrillo y fue a refugiarse en la estancia que le servía de estudio.

Mónica se reunió con él, sentándose a su lado.

—¿Qué te ha pasado, Mike?

—Una cosa horrible.

—Cuéntamelo, te sentirás mejor después.

—No puedo. Ni quiero, querida. Sólo déjame tranquilo unos minutos mientras decido qué he de hacer.

Apuró el cigarrillo y luego se levantó.

—He de irme —dijo—. No creo que pueda regresar antes de la noche.

—¿Y qué haré, yo, entretanto?

El se quedó mirándola un tanto perplejo.

—No lo sé —dijo—. Supongo que lo mismo que hacías antes de venir aquí. Debías trabajar en algo, digo yo.

—Soy modelo publicitaria. Sólo trabajo cuando me convocan, de modo que tengo mucho tiempo libre.

—Puedes quedarte aquí, si quieres, aunque te repito que no sé a qué hora regresaré.

Ella se encogió de hombros.

Sonrió.

—No podrás desprenderte de mí tan fácilmente, Michael —murmuró.

—No pienso separarme de ti a estas alturas. Por todo lo que llevamos hablado pienso que conoces al detalle la historia de los Watts y de su residencia. Quiero saberla yo también.

Ella asintió.

—Te lo contaré todo esta noche —prometió.

—Esta noche... ¿Crees que te quedará mucho tiempo?

Se fue con una extraña idea martilleando en su cerebro.

CAPÍTULO IX

Por unos instantes pareció como si el techo le hubiera caído sobre la cabeza. Ni siquiera su dominio de las reacciones adquirido a lo largo de años consiguió esta vez hacer que Cecil Hamilton pudiera mostrarse a la altura de las circunstancias.

—¡Muerta! —musitó como si rezara—. ¡Cindy muerta!

Mike dijo:

—Ahora tendrá que rendirse a las exigencias del asesino, si quiere llegar a estrenar la película algún día. Si ese bastardo destruye los negativos, habrá tirado a la basura cien millones de dólares.

—No necesita recordármelo. ¡Pobre muchacha! —Gruñó entre dientes—. La han asesinado y nosotros estamos hablando del dinero que puede costarnos su muerte. Éste es un mundo de locos, Kelly.

—Estamos de acuerdo. Ahora lo que queda por decidir es si avisamos a la policía o dejamos que alguien más la encuentre. Los sirvientes habrán de regresar a la casa esta noche, si es que tienen el día libre.

—Opino que debió llamarlos desde allí. Siento escalofríos solo con imaginar a Cindy en el fondo de la piscina, tiñendo el agua con su propia sangre.

—No era un espectáculo agradable ni mucho menos.

—Ya lo imagino.

—¿Y de la policía, qué?

—Ahora es demasiado tarde para llamarlos. Resultaría muy sospechosa su tardanza, y el hecho de hacer la llamada desde aquí... No, mejor lo mantendremos en secreto mientras sea posible.

—Como usted quiera.

Sonó el teléfono en aquel instante y Hamilton lo descolgó, escuchando después de admitir que él era Cecil Hamilton.

Apenas si pronunció un par de monosílabos, a pesar del largo

tiempo que estuvo escuchando. Luego, colgó y se quedó pensativo.

—Los detectives que contraté aún no han podido establecer si Connors tuvo alguna relación con ese maldito Porter, el hombre que usted encontró muerto en aquella cama. Es desesperante. ¿En qué diablos está usted pensando, Kelly? Ni siquiera me escucha.

Mike dio un respingo.

—Disculpe —gruñó—. Acaba de ocurrírseme que hay algo muy raro en todos esos crímenes, especialmente en el de Cindy. El asesino me precedió sólo unos minutos. ¿Cómo pudo saber por anticipado que yo iría a ver a Cindy?

—No podemos estar seguros de que lo supiera. La mató para evitar que yo pudiera repetir las secuencias de los rollos que tiene en su poder, eso es todo.

—¿Y cómo sabía que usted no pensaba pagar y sí volver a rodar esa parte de la película?

Hamilton abrió la boca para replicar y se olvidó de cerrarla, sin que ninguna palabra saliera de sus labios.

Al fin dio un respingo y barbotó:

—¡Es cierto, no podía saberlo! Cuando me llamó por teléfono, le di largas. Creo que incluso le dejé entrever que pagaría al final.

—Ahí tiene.

—¿Qué quiere decir?

—El teléfono. Usted se comunicó conmigo por teléfono. Si el criminal estaba escuchando supo que si no actuaba rápidamente tenía la partida perdida y que no cobraría un centavo. Tanta sangre para nada. De modo que mató otra vez.

—Pero ¿cómo pudo intervenir mi línea? Ésta es directa con el exterior, no pasa por la centralita de los estudios.

—Para un experto eso no ofrece demasiados problemas, señor Hamilton.

—Entonces, todo se reduce a descubrir la derivación.

—Así es.

—Voy a llamar al oficial que se ocupa del caso. Ellos lo descubrirán fácilmente, supongo.

—Estoy seguro, pero pídales discreción, porque si el criminal no está a la escucha en el momento que encuentran la interferencia podría largarse si advirtiera que su truco había sido descubierto.

—Me ocuparé de eso —prometió, esperanzado—. Kelly, es usted

de lo mejorcito que corre por esta selva. No lo olvidaré.

—Eso espero. Recuérdelo cuando le traiga mi nuevo guión.

Abandonó el despacho a paso de carga. Todo eso estaba muy bien, incluso era posible que fuera cierto que el criminal tenía intervenida la línea telefónica de Hamilton, pero eso no explicaría por qué el matador de Powys, el falso piel roja, apareció muerto en la casa que él había comprado.

Condujo de vuelta al apartamento. Había muchas cosas que quería averiguar ahora referentes a la mansión Watts, y nadie mejor que la cimbreante Mónica para explicárselas.

Sólo que la muchacha no estaba allí.

Mike maldijo para sus adentros. Aspiró el suave perfume que ella había dejado, un aroma turbador que parecía desprenderse de su propio cuerpo, y se quedó meditabundo, pensando en un millón de cosas a la vez y añorando la presencia de Mónica...

¿Mónica qué?

Se dio cuenta con sorpresa de que ni siquiera sabía su apellido, ni dónde vivía, ni en qué agencias trabajaba como modelo...

No sabía nada de ella.

Trató de trabajar en la escala del guión, pero hubo de abandonarlo, porque era incapaz de concentrarse lo más mínimo en el trabajo.

Oscurció y Mike permanecía sentado en una butaca, frente a la pequeña terraza, fumando y paseando la mirada por los millones de luces que brillaban en la ciudad.

Al fin llamaron a la puerta y Mónica entró, resplandeciente dentro de su reducido vestido de falda corta y escote largo hasta la barriga.

—Estuve esperándote un siglo —gruñó él, encerrándola entre sus brazos.

Los labios de la muchacha no habían perdido su fuego durante aquellas horas, de modo que ardieron como una llamarada a su contacto y durante un tiempo, ninguno de los dos perdió el tiempo hablando.

—Eres... insaciable —opinó ella al fin, desprendiéndose de sus brazos.

—Quiero que me cuentes algunas cosas, querida.

—Pensé que me habías esperado por otro motivo. Eso demuestra

que una nunca sabe a qué atenerse respecto a los hombres.

—No compliques las cosas.

—¿Quién las complica? Quería cambiarme de ropa y ver si tenía alguna convocatoria, por eso me fui.

—¿Y la había?

—No.

—Ese vestido te sienta de maravilla.

—¿De veras?

Giró sobre los pies y volvió a quedar de cara a él.

—Seguro..., porque apenas te cubre nada.

Se echó a reír y acabó dejándose caer en el diván.

—Ven aquí, Mike, y sométeme al tercer grado.

El sentóse a su lado y abarcó su increíble cintura con su brazo.

La besó en el cuello y dijo:

—Los Watts. Me prometiste su historia.

—El se llamaba Paul Watts. Su mujer Martha Trivers. Era medio hermanastra mía.

—¿Qué clase de parentesco es ése?

—Mi madre murió siendo yo una niña y papá volvió a casarse con una mujer que ya tenía una hija dos años mayor que yo... Era Martha. Crecimos juntas, aunque desde siempre existió un feroz antagonismo entre nosotras. Nos detestábamos cordialmente, si sabes lo que quiero decir.

—Perfectamente.

—Bueno, tan pronto tuve edad suficiente para vivir por mi cuenta, me largué. No podía soportar más aquella situación. Entonces, ella conoció a Paul Watts... y déjame decirte que por una vez fue cierto que eran tal para cual. Martha era despótica, caprichosa, exigente y orgullosa. Watts, un hombre que se creía poco menos que un dios. Último descendiente de una familia de tarados, le dejaron una fortuna inmensa, que él despilfarró en pocos años. Cuando Martha se casó con él pareció que al fin iba a enderezar el rumbo, pero no fue así...

—Y ella lo mató, ¿es cierto eso?

—Pudo hacerlo. Yo creo que Martha era capaz de matar en uno de sus accesos de cólera. Pero por otra parte lo dudo, porque aquél fue un crimen endiabladamente inteligente y ella no tenía inteligencia, sólo orgullo y vanidad. Y un cuerpo magnífico, claro,

de lo contrario, Watts jamás se habría fijado en ella.

—¿Qué es eso del millón y medio de dólares que se esfumó?

—Paul estaba en las últimas económicamente. Entonces vendió las últimas acciones que le quedaban, pidió préstamos sobre esas mismas acciones, embaucó a unas cuantas de sus amistades y entre una cosa y otra reunió un millón quinientos mil dólares.

—¿Y...?

—Sencillamente, desapareció. Naturalmente, los perjudicados le denunciaron, trataron de quedarse con sus propiedades... Sólo que no había propiedades, sólo la casa, y ésta, por una extraña pirueta, estaba a nombre de Martha, de modo que tampoco pudieron quedarse con ella.

—Ya veo...

—Fue entonces cuando la policía empezó a sospechar de mi hermanastra. Creyeron que había matado a Paul para quedarse con el dinero, enterrando el cuerpo en alguna parte. Te aseguro que el oficial que se encargó del caso la sometió a un largo y agotador interrogatorio. No consiguió nada porque no había ni la sombra de una prueba tangible contra ella.

—De modo que la soltaron.

—¡Ya lo creo que la soltaron! —exclamó la muchacha—. Como si fuera un hierro al rojo. A partir de entonces corrieron muchos rumores en torno a ella... Ya sabes cómo son estas cosas. Se le atribuyeron multitud de amantes, y se aseguró que por lo menos uno de ellos la visitaba regularmente.

—Eso me sorprende un poco, porque la policía se habría dado mucha prisa en interrogarle a él también.

—Quisieron hacerlo, sólo que demasiado tarde. Martha desapareció tan completamente como su marido.

—Sigue, eso es intrigante.

—De esa época poco queda por contar, como no sean los continuos registros de la policía buscando el lugar donde pudiera estar enterrado Paul... Sólo les faltó echar abajo las paredes. No encontraron la tumba ni el escondrijo del dinero.

—Si tu hermanastra lo mató y luego emprendió la fuga no es fácil que lo dejara atrás.

—Con un millón y medio de dólares en su poder, una mujer tan estúpida como Martha habría dejado un rastro tan ancho como el

océano. Yo no creo que se lo llevara.

—Eso es sólo una opinión, querida.

—Es mucho más que eso porque yo conocía a mi hermanastra como nadie. —¿Y los otros crímenes cometidos allí?

—Sí, también pensé mucho sobre eso... El primero que fue descubierto era un hombre llamado Jack Rubio. Era una especie de Adonis de opereta, con muchos músculos y todo eso y nada de cerebro. Se comprobó que había sido amante de Martha sin ninguna duda.

—Y fue a morir precisamente en aquella maldita casa...

—Eso es. Jack Rubio murió ahorcado. Alguien le colgó.

Mike frunció el ceño.

—Nena, para tener un cuerpecito tan delicado y suave, hablas de estos macabros temas con mucha tranquilidad.

—Te asombrarías de lo mucho que se endurece una chica sola, en esta selva poblada de fieras hambrientas.

—Comprendo. Pasemos al segundo.

—Ése fue una mujer..., mucho tiempo después de todo eso. También fue asesinada en la casa. Se llamaba Nancy Lester y había vivido una temporada con Jack Rubio... y eso es todo.

—¡Qué diablos va a ser todo! Ahora se han cargado a un tipejo llamado Jonathan Porter, dejándolo bien acomodado en una cama, y a una mujer que dijo llamarse Lucy Alban. ¿Te parece poco?

—De ésos ya no sé una palabra.

—Ahora veamos cuál es esa famosa pista para encontrar el dinero desaparecido.

—Las tumbas de los perros.

Mike se quedó sin habla.

—¿Te refieres a uno de esos cementerios donde se erigen monumentos funerarios a los perros?

—¿Es que no lo viste?

—¿El qué, y dónde?

—En el parque... Hay varios pequeños mausoleos en honor de los perros de raza de los Watts. Eran fanáticos de los buenos ejemplares, tanto el abuelo como el padre de Paul. Una familia excéntrica si quieres, pero fueron así. En un extremo del parque erigieron el cementerio para los perros que se les morían a lo largo de los años.

—No vi nada de eso, aunque bien es verdad que sólo di un vistazo al jardín para calcular sus proporciones...

—Quizá las hierbas y matorrales las cubren... Te las mostraré cuando vayamos allí.

—¿Y qué tienen que ver con el dinero?

—Ése es mi secreto. Me costó devanarme mucho los sesos para que ahora te regale los oídos con él sin más ni más.

—Desconfías de mí, ¿eh?

—Confío más de lo que imaginas —murmuró con una especial entonación en la voz—. Pero maldito si sé por qué.

—Quizá porque ahora soy el propietario de la residencia Watts.

—No, aunque sí eres tonto, querido.

Le besó en la comisura de los labios y por unos instantes Kelly estuvo a punto de perder el control.

—Cada cosa a su tiempo —refunfuñó, soltándola—. Imagina que encontramos ese millón y pico... Legalmente no nos pertenecería, porque es el producto de una estafa.

—¡Al diablo con eso! Han pasado siete años —protestó la muchacha—. ¡Quiero ese dinero, Mike! ¿No lo comprendes? Después de cuánto me odió, sería un gran triunfo que Martha me convirtiera en una mujer rica. Una especie de restitución por lo que hube de soportar de ella y de su madre.

Eso lo comprendo perfectamente, pero...

No insistas. Tú eres ahora el dueño de la propiedad, así que todo lo que contiene es tuyo..., excepto el cincuenta por ciento del dinero, que me pertenece gracias a aportar la pista para recuperarlo.

—Aún no lo hemos encontrado.

—Estoy segura de no equivocarme.

El suspiró.

—De acuerdo, iremos por la mañana y ojalá aciertes. Ella se le enroscó en torno al cuello y Mike olvidó incluso el millón y medio de dólares.

CAPÍTULO X

La voz de Hamilton sonaba histérica a través del auricular.

Mike gruñó:

—Trate de calmarse, señor Hamilton, porque no entiendo nada de lo que dice.

—¿Es que también estaba durmiendo esta vez?

—Acabo de levantarme. ¿Qué es lo que ocurre?

—¡El maldito hijo de perra está loco, eso es lo que ocurre!

—¿Ha vuelto a entrar en contacto con usted?

—¡Y de qué modo!

Mike encendió el cigarrillo que tenía en los labios.

—Bueno, ¿qué dijo?

—¡Diez millones!

El cigarrillo cayó de su boca cuando balbució:

—¿Diez...?

—¡Ni un centavo menos, o quema los negativos! El tipo está chiflado... Me acusó de haberle obligado a matar a Cindy Charice debido a mi tacañería, según él.

—Cuelgue. Voy para allá.

El depositó el auricular en el soporte y se volvió.

Mónica le miraba con evidente disgusto.

—Lo siento, querida... Iremos más tarde a la casa, ¿sí?

—¿Puedes decirme qué cosa es más importante que un millón y medio de dólares, Mike, cariño? —le espetó Mónica, sarcástica.

—Diez.

—¿Qué?

—Diez millones. En serio, amor. Volveré en una hora.

Y salió a escape.

¡Diez millones! Por primera vez comenzó a considerar la estremecedora posibilidad de que la película no llegara a estrenarse nunca...

Hamilton parecía estar sentado sobre un cojín de clavos, al otro lado de su enorme mesa.

—¡Me echó encima el asesinato de Cindy! —se quejó por todo saludo.

—Los periódicos de la mañana no mencionan el crimen...

—Tal vez no la descubrieron aún.

—¿Ha convocado al consejo, señor Hamilton?

—¿Podía hacer otra cosa? Van a echarme los perros en cuanto sepan la verdad...

¡Diez millones de dólares!

—¿Cree que los pagarán?

—¡Los pagaremos! Inclúyame a mí en la lista de condenados...

¿Es que podremos hacer otra cosa? Llevamos cien gastados... Ese demonio ha sabido elegir la oportunidad de su vida.

¿Hay algo nuevo de Connors?

Nada. Al parecer nunca conoció a Porter. O por lo menos es imposible descubrirlo.

—Era mi único sospechoso. Ahora estamos sin nada. A menos que la derivación de su teléfono sea descubierta.

—Están trabajando en eso. El oficial me aseguró que sería muy fácil localizar la interferencia.

—Ojalá resulte. ¿Cree que puedo hacer algo por mi parte, señor Hamilton? Ir a casa de Cindy y *descubrir* el cadáver para que la policía intervenga o algo así...

—Sería muy arriesgado por su parte, Kelly.

—Pero es nauseabundo pensar que la pobre muchacha sigue en la piscina, abandonada por todos, hinchándose a cada hora que pasa...

—Ahórrese detalles, Kelly. Haga lo que quiera sobre eso.

—Me gustaría saber qué deciden respecto al pago del chantaje, señor. Después de todo, también es «mí» película.

—Claro...

Michael se levantó. Estaba a mitad de camino de la puerta cuando un teléfono sonó sobre la mesa.

Se volvió. Sin titubear en absoluto, el magnate atrapó un auricular de entre los cinco que había en un extremo y ladró a través de él:

—¡Hable, aquí Hamilton!

Mike le vio ponerse rígido. Le hizo una seña perentoria para que se aproximara. Cuando llegó a su lado, Hamilton estaba diciendo:

—¡Aún no he hablado con el consejo! ¿Cómo quiere que le diga si van a pagar o no? Por mi parte no veo manera de evitarlo...

Mike se inclinó sobre él. Oyó la voz del aparato que decía:

—Pagarán, a menos que sean retrasados mentales, de modo que le daré instrucciones para depositar el dinero mañana noche. Tienen tiempo suficiente para reunirlo.

—¡Espere!

—No volveré a comunicarme otra vez. O el dinero está donde yo le diga, a la hora que yo fije, o despídase para siempre de esos rollos. ¿Entiende?

—Sí...

Mike acercó más el oído al auricular.

La voz dijo:

—Pondrá el dinero en una maleta y la entregará a su ensuciacuartillas contratado, Michael Kelly. ¿Está claro?

Mike dio un brinco, pero luego volvió a aplicar el oído para no perderse detalle.

—Kelly deberá depositar el maletín en la casa que acaba de comprar, mañana, a las nueve de la noche. El personalmente, ¿está claro? Si a las nueve y dos minutos no está allí el dinero y Kelly, la película arderá. Eso es todo.

—¡Espere, maldita sea! ¿Cómo sé que me devolverá el negativo?

—Lo recibirá en perfectas condiciones tan pronto el dinero esté en nuestro poder.

Sonó un chasquido y la comunicación quedó cortada.

Los dos hombres quedaron mirándose estupefactos.

—¡Usted! —balbució Hamilton—. ¿Por qué usted?

—Que me condene si lo sé.

—¿Es cierto que ha adquirido usted una casa recientemente?

—¡Y tan recientemente! Ayer, ni más ni menos.

—Increíble... Ese demonio debe tenernos vigilados a todos cada minuto del día y de la noche.

—Si es así, se habrá divertido, sobre todo por la noche.

—¿Qué dice?

—Olvidelo. Ahora sabemos que no se trata de un tipo solo.

—¿De dónde saca esa idea?

—Ése granuja ha cometido un desliz. Ha dicho *cuando el dinero este en nuestro poder*.

—¡Infiernos, es cierto!

—Lo cual aún lo hace más difícil.

Un zumbador encima de la mesa les hizo dar un respingo.

Hamilton accionó una palanquita y la voz de su secretaria principal sonó metálica a través del intercomunicador.

—¿Señor Hamilton? Está aquí el teniente Baines, de la policía. Desea hablarle y dice que es urgente.

—Hágale pasar.

Baines entró en el despacho, asombrándose de su magnificencia.

Cuando vio a Mike arrugó el ceño.

—Usted y yo estamos predestinados —masculló—. Disculpe que le moleste, señor Hamilton, pero traigo malas noticias.

El productor suspiró.

—Pagaría porque alguien viniera con alguna que fuera buena. ¿De qué se trata esta vez?

—De Cindy Chance. Entiendo que la tiene usted contratada.

Mike se relajó. De modo que ya la habían descubierto.

—El contrato de Cindy conmigo terminó con el rodaje de su último filme, teniente. ¿Por qué le interesa ahora?

—Porque alguien la asesinó ayer.

Dadas las circunstancias, la reacción de Hamilton fue bastante buena. Expresó su dolorido estupor de un modo convincente, pero Baines apenas le prestaba atención, porque estaba mirando a Kelly de un modo insistente.

—Fue encontrada anoche, cuando los sirvientes regresaron. Se dio la circunstancia de que era su día libre. Estaba en la piscina y había sido apuñalada.

Michael tragó saliva.

—¿Cree usted que ese crimen tiene alguna relación con la muerte de Powys, aquí, en el estudio? —preguntó, dominándose.

—Pudiera ser. Como también podría ser un crimen pasional. Ya saben cómo suceden estas cosas, tratándose de esa clase de mujeres.

Mike se encrespó:

¿Qué clase de mujeres? —gritó—. Cindy era una gran chica, Baines.

No alborote, Kelly. Antes de venir aquí, hice algunas

averiguaciones. Usted parece que está en perfectas condiciones de saber cómo era Cindy Charlee en la intimidad. Por lo visto las mujeres espectaculares se le dan bien, aunque acaben trinchadas por ese carnicero...

Michael rechinó los dientes. Estaba pálido y furioso y por unos instantes temió no poder contenerse. Deseaba con toda su alma aplastarle la nariz al policía.

—Vamos, tómelo deportivamente, Kelly —aconsejó Baines con el mismo sarcasmo—. Sólo háganme de esa estrella eclipsada ahora. ¿Qué amistades la rodeaban, tenía amantes...?

—¡Váyase al infierno, Baines!

—Le tenía a usted. O por lo menos le tuvo durante el rodaje.

—Voy a romperle los dientes, Baines.

—Usted maneja un «Mustang» rojo, ¿no es cierto?

—Lo sabe perfectamente.

—Es curioso... Un coche de ese tipo y color fue visto ayer muy cerca de la casa de Cindy Charice.

—Imagino que habrán unos cuantos centenares de autos rojos en la ciudad. —Oh, claro que los hay. Era sólo una idea..., porque da la casualidad que su estrellita murió precisamente a la hora en que fue visto el coche rojo, poco más o menos.

—¿Es eso suficiente para acusarme, Baines?

—Por supuesto que no. Está usted muy excitado, Kelly.

—Lo suficiente para obligarle a engullir algunos dientes.

—No se lo aconsejo, de veras.

Hamilton estaba lívido.

En cambio, la cara de Michael Kelly aparecía congestionada por la ira.

—Espero que no tendrá usted inconveniente en que haga algunas preguntas al personal del estudio, señor Hamilton —prosiguió Baines, cambiando de tema bruscamente.

—Tiene absoluta libertad para cuánto necesite, teniente. Si hay alguien que desee de corazón atrapar al asesino de Cindy, soy yo.

—Le creo. ¿Kelly?

—¿Qué se le ha ocurrido ahora?

—Sólo recordarle que tiene un montón de declaraciones que redactar en mi oficina. Le espero mañana a primera hora. ¿De acuerdo?

—Estaré allí.

Baines esbozó un saludo de despedida y se fue.

Hamilton barbotó:

—Cualquiera creería que ese polizonte sospecha da usted, Kelly.

—No creo que su idiotez llegue a ese extremo. De todas formas, me voy, antes que se le ocurran más preguntas. ¿Me llamará cuando decida si hay que llevar el dinero o no?

—Por supuesto.

—Quisiera saber por qué ese engendro de Satanás me ha elegido a mí precisamente...

Se marchó con esa preocupación inquietándole profundamente.

CAPÍTULO XI

Los matorrales se alzaban por doquier más arriba de la cintura de Kelly, dificultando el paso. Mónica había ya renunciado a preservar la hermosa piel de sus piernas de los arañazos y de vez en cuando emitía algún comentario desagradable respecto a semejante abandono.

—Están ahí, Mike —dijo al fin—, más allá de esos árboles...

—Comprendo que la gente sienta amor por los animales, pero me parece absurdo que les levanten monumentos funerarios... Es una estupidez.

—Mira...

Ahí estaban, ciertamente.

Michael contó hasta siete pequeños mausoleos de mármol, cada uno con la inscripción de una fecha y un nombre.

—*Sussie, Rojo, Mastín...*

—Siete tumbas, Mike —puntualizó la muchacha.

—Ya las veo. ¿Dónde está el secreto?

—Los Watts tuvieron siete perros, efectivamente. Pero sólo seis murieron en casa. Uno de ellos escapó y nunca más lo recuperaron.

Mike dio un respingo.

—¿Estás segura de eso?

—Sin ninguna duda.

—¿Y tú sabes cuál era ese perro, cómo se llamaba?

—Lo averigüé. Era un Doberman y le llamaban *Fiero*.

—¡Maldita sea! Ahí está su tumba...

—Claro. Y no debería estar aquí, porque nunca recuperaron a ese perro.

Por unos instantes, ambos quedaron mirándose fijamente.

Al fin, él murmuró:

—Y tú crees que el dinero...

—Está en esa tumba, en lugar del perro. ¿Qué mejor escondite?

—Pronto lo sabremos.

Se alejó hacia el garaje, un pabellón destartado separado de la casa y semioculto por los árboles y la vegetación.

Había un banco de trabajo, un armario y un montón de trastos inservibles, amén de algunas herramientas viejas y herrumbrosas.

Tomó un azadón y una pala y regresó junto a la muchacha.

Comenzó a cavar, resoplando como un fuelle.

—Como aparezcan los huesos de un perro, nena —gruñó, deteniéndose—, te obligaré a cavar tú las otras seis.

—¿No vale ese dinero un pequeño esfuerzo, cariño? —rió Mónica, excitada.

Continuó profundizando y pronto el sudor le empapó.

Así alcanzó una profundidad suficiente para contener el sarcófago de una momia egipcia.

—Un poco más y encontraré petróleo —rezongó—. Aquí no hay nada, linda. Es imposible que enterraran nada tan hondo.

Ella estaba desconcertada.

—O perro o dinero —murmuró—. Debiera haber una de las dos cosas, sin ninguna duda.

—Pues no hay nada.

—¡Por favor, Mike, sigue un poco más...!

El maldijo entre dientes, pero continuó cavando y sacando paladas de tierra.

Cuando se convencieron de que todo era inútil, él se irguió con el sudor resbalándole por la cara.

—Tú tenías razón en parte, querida —murmuró—. Nadie levanta un mausoleo de mármol, aunque sea para un perro, si no hay ningún perro para enterrar en él. Aquí debieron meter el dinero, para volver a sacarlo más tarde, cuando les convino. El caso es que ya no está.

—¿Y si probásemos en los demás?

—Encontraríamos huesos de perro, sin ninguna duda. ¿No lo comprendes?

Ella abatió la cabeza. Mike vio deslizarse unas lágrimas por sus mejillas de terciopelo.

Sonrió, abrazándola.

—Vamos, vamos, tómallo con calma, querida.

Ella ocultó su rostro en el hombro de Michael y sollozó

abiertamente.

—Había..., había cifrado tantas esperanzas en ese dinero...

—Olvidalo.

—¿Cómo puedo olvidar una fortuna semejante?

—No la necesitas. Nadie necesita un millón de dólares para vivir.

—Estás loco de remate.

—Por ti, eso ya te lo he repetido cientos de veces.

—Mike, por favor...

—No voy a cavar más. Vámonos de aquí y al diablo el dinero, y los perros y las tumbas y...

—¡Te odio!

—Y yo a ti.

Para demostrarlo, la encerró entre los brazos, estrechándola contra su propio cuerpo y luego la besó y en un instante ella estuvo prendida de sus labios y estremeciéndose como empujada por un huracán.

—¿Estás mejor ahora? —dijo Michael después.

—Debería odiarte...

—Muy bien. El odio y el amor se dan la mano.

Caminaron hacia la casa. Apenas habían recorrido una docena de pasos, el teniente Baines apareció como despegándose del grueso tronco de un roble. —¿Ha sido una sesión de gimnasia matinal todo ese ejercicio, Kelly?— aventuró con sorna.

—¿Qué diablos está haciendo aquí?

—Si me hubiese usted hablado de esa idea, yo hubiera podido ahorrarle tanto trabajo. Ese detalle del perro sobrante, ya lo averigüé a su debido tiempo. No encontramos ni un centavo.

—De modo que lo sabía... —Gruñó Mike.

Mónica dejó escapar un quejido.

Baines rió.

—Al menos, usted ha obtenido cierta... este... compensación por su esfuerzo. Yo no obtuve nada más que un buen dolor de riñones.

—Me gustaría aplastarle la nariz, Baines, de veras. Fisgar detrás de los árboles es una costumbre detestable.

—No para un polizonte. Y yo soy un buen polizonte. Por ejemplo, puedo decirle quién es en realidad esta dama que le acompaña y que tan efusiva se mostraba hace poco.

—¿De veras?

—Imagino que usted cree que se trata de otra de sus conquistas...

—¿Y no lo es?

—Se llama Jerome, Mónica Jerome. La señora Watts era su hermanastra y entre ellas había una especie de guerra declarada.

—¡No me diga!

—Como lo oye. Incluso la mantuve vigilada una temporada, por si entraba en contacto con la viuda negra... quiero decir con la viuda de Watts.

—Acaba usted de descorrer el velo del misterio.

Baines les miró alternativamente, un tanto desconcertado.

Al fin estalló:

—¡Bueno, diga algo!

—¿Qué puede decirsele a un polizonte inteligente como usted?

—Así que lo sabía...

—Teniente, ella me dijo quién era desde el principio.

—Ya veo. Bien, ¿piensan quedarse a vivir en este mausoleo?

—De momento, no.

Baines pareció titubear, como si hubiera algo que quisiera decir y no se atreviera.

Al fin gruñó:

—Creo que he perdido mi tiempo.

—Entonces, adiós, teniente; no nos haga perder el nuestro.

De nuevo vaciló. Había una intrigada mirada en sus ojos duros como el diamante.

—Que se diviertan —refunfuñó.

Y girando sobre los talones, se alejó hacia la salida.

Ellos entraron en la casa. Mónica miró en torno con evidente aprensión.

—¿Piensas mudarte aquí alguna vez, Mike? —musitó.

—Sólo cuando cacen al asesino. Entonces, mandaré adecentar todo esto y Hollywood contará con otro idiota ostentoso.

—Entonces, ¿de veras no compraste la casa sólo para buscar el millón y medio de dólares?

—¡Claro que no! Ni siquiera sabía que existiera esa creencia general. Al principio sólo quise quitarme de encima a Sal Rourke...

—¿Rourke?

—Es un vendedor condenadamente tenaz. Pero cuando vi todo esto me decidí... Es un buen negocio, porque tarde o temprano, acabaré vendiéndola, aunque sólo sea por el terreno.

Ella parecía tener el pensamiento en algún lugar lejano, remoto en el tiempo y el espacio.

—¡Eh, nena! —exclamó Mike—. ¿En qué estás pensando?

—En ese desengaño, Mike. Vamos, sácame de aquí.

Salieron y Mike cerró la puerta con llave.

Las llantas del «Mustang» chillaron sobre el cemento al emprender la marcha.

Cuando se alejaba, la maltratada cortina de una ventana del piso alto osciló ligeramente y unos ojos malignos les siguieron, implacables, hasta que el coche se perdió en el primer recodo.

CAPÍTULO XII

Mike se extasió contemplando los apretados fajos de billetes de todas las nominaciones, bien colocados en la maleta.

Hamilton rezongó:

—Si yo estuviera en su lugar, tomaría el primer avión y pondría tierra de por medio, Kelly.

Éste rió.

—Es una buena idea, sobre todo teniendo en cuenta lo que acostumbran pagarme por un guión. ¿Qué dijeron los miembros del consejo?

—Si se lo dijera le arderían las orejas.

—Claro.

—Tenga cuidado... Me alarma un poco la insistencia del miserable que ha tramado todo esto para que fuera usted quien llevara el dinero.

—Eso es algo que también me preocupa a mí. Eso y la amenaza que me hicieron para que no comprara la casa...

Cerró la maleta y abandonó el despacho ante la inquieta mirada del productor.

Un minuto después sonó el teléfono y Hamilton lo descolgó de un manotazo. Una voz de mujer chilló a través del auricular:

—¿Michael?

—¿Qué?

—¿Está ahí Michael Kelly?

—Acaba de salir. ¿Quién es usted?

—Me llamo Mónica... ¡Dios! ¿Es posible detenerlo? Necesito hablar con él ahora mismo, por favor.

—Lo lamento, pero ya se fue.

—¿Sabe usted adónde?

Hamilton se estremeció.

—No, señorita, lo ignoro.

Oyó una especie de sollozo a través de la línea.

De modo que dijo:

—Tal vez vuelva más tarde... ¿Quiere que le diga que usted le llamó?

—Sería demasiado tarde... ¡Necesito encontrarle, por favor!

Hamilton pensó en los diez millones de dólares, en el tiempo que transcurría velozmente y en lo que había en juego.

En consecuencia, masculló:

—Lo siento mucho, no puedo ayudarla.

Y colgó, recostándose en el sillón.

Cerró los ojos, terriblemente inquieto. Si hubiera sabido rezar, lo habría hecho para rogar al cielo que enviara un ángel con espada flamígera a proteger a Mike Kelly...

Y los diez millones de dólares, claro.

Pero hacía muchos años que había olvidado las últimas oraciones que le enseñaran de pequeño...

El jardín y la casa estaban a oscuras, tan negros como el chaleco del príncipe de los infiernos.

Mike detuvo el coche frente a la entrada y apeándose, la abrió, alumbrándose con los faros.

Luego volvió atrás y tomó el maletín repleto de billetes y una pequeña linterna eléctrica, con la que se alumbró para penetrar en el vestíbulo.

El delgado rayo de luz mostró los ya familiares detalles; las armaduras, los cuadros, los muebles cubiertos por fundas...

Y la increíble sensación de soledad que se respiraba allí dentro.

Atravesó el vestíbulo, entrando en la biblioteca. Allí dejó el maletín sobre la mesa y encendió un cigarrillo.

Cuando se volvió para retroceder, de la puerta brotó un potente rayo de luz que incidiendo en sus ojos le cegó momentáneamente.

Una voz desconocida, ordenó:

—No haga ningún movimiento sospechoso, Kelly, o me obligaré a disparar.

—¿Ha variado de método ahora? Antes utilizaba el cuchillo con mucha destreza.

—Cada ocasión necesita medios distintos. Ponga las manos sobre la cabeza.

Apagó su inútil linterna, guardándola en un bolsillo y levantó las

manos.

—Ahora de la vuelta y camine hacia la mesa... Así... Párese ahora.

Estaba de nuevo junto al maletín. Vio cómo la luz se aproximaba a sus espaldas, pero se mantuvo perfectamente inmóvil.

—Abra la maleta, Kelly.

Obedeció también y los billetes aparecieron bañados por la blanca luz de la lámpara.

—Muy bien, ahora saque unos cuantos fajos y déjelos sobre la mesa. No, así, no. Salteados, uno de aquí, otro del medio, otro más allá... Ajá, no contienen recortes de periódico.

—Sólo son recortes del tío Sam. ¿Qué piensa hacer usted ahora?

—Largarme y vivir tranquilo el resto de mi vida.

—Me refiero a ese «ahora» inmediato en que vivimos.

—Entiendo. Quiere saber si voy a matarle o no.

—Pues sí, confieso que me intriga esta posibilidad.

—Bien, digamos que es ineludible como el destino. Usted hace días que está sentenciado a muerte.

Sintió un sudor frío y viscoso deslizarse por su espina dorsal.

—Si va a matarme de todas maneras, quiero verle la cara, asesino del demonio.

Y se volvió en redondo.

La aparición no se inmutó. Bien es verdad que poco podía distinguir de aquel hombre, por cuánto la luz continuaba cegándole y ocultando el rostro y los detalles del desconocido.

Pero no lo ocultaban tanto que no pudiera comprobar que jamás en su vida había visto a aquel hombre.

—Ya puede volver a colocar los fajos en su sitio, Kelly. Y cierre también la maleta.

Hizo cuanto le ordenaba el misterioso asaltante, aunque sin dejar de examinarle, negra forma protegida por los haces luminosos de la linterna.

—¿Por qué me odia usted? —quiso saber—. Nunca antes nos habíamos tropezado en parte alguna...

—Realmente, yo no le odio. No fue idea mía todo este complicado asunto.

—¿De quién fue entonces?

—De mi socio. Un tipo listo, si los hay.

—¿Sal Rourke, tal vez?

Notó cómo su adversario contenía el aliento súbitamente.

—¿Rourke? —barbotó—. ¿Qué le hace pensar que se trata de Rourke?

—Porque él me incitó a comprar este caserón. Y luego apareció muerto aquí el hombre que había robado las bobinas de película y asesinado a Powys. Rourke era el nexo de unión de los dos casos..., aunque ignoro los detalles. ¿Me equivoco quizá?

Sonó una risita.

—Tiene usted imaginación, Kelly.

—Es mi oficio, imaginar cosas.

—Pero si Rourke le hizo comprar esta casa, ¿por, qué habría de amenazarle después por teléfono para que no la comprara?

—Ésa fue una maniobra de distracción, encaminada a apartar de él las sospechas. Nadie sospecharía del vendedor que se esfuerza para vender una casa, cuando en realidad está tramando una cadena de crímenes.

—Tienes razón, Mike —dijo la voz de Sal Rourke desde más allá de la puerta.

Mike sintió un violento escalofrío.

—De modo que estabas ahí, maldito hijo de perra, asesino...

—No te alborotes, muchacho. Todo salió de maravilla, así que no pretendas estropearlo ahora.

—¿Qué salió de maravilla, todos esos crímenes?

—Eso y todo lo demás.

—Hay muchas cosas que no comprendo.

—Ni falta que te hace.

—¿Por qué me incitaste a comprar esta casa, Sal?

—Supe que iban a ponerla en venta. Si la compraba un desconocido, estropeaba el final de una historia magnífica, porque lo más seguro sería que viniera aquí con una brigada de obreros, y después con toda una familia y servidumbre. Eso no nos convenía. En cambio, tú eras el candidato ideal. Sin familia, con costumbres muy poco regulares... No te mudarías inmediatamente y eso nos daba tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para que terminara de rodarse esa gran película.

—Comprendo.

—Amigo, en este caserón ya han desaparecido dos personas... Los propietarios originales. Una tercera levantará una polvareda... hasta que caigan en la cuenta de que tú has desaparecido con diez millones de dólares. Hamilton recuperará sus películas y todos satisfechos. ¿No te parece una buena idea?

—Lo sería, si no hubieras vertido tanta sangre, Rourke... Tarde o temprano, algo tenía que fallarte.

—Sólo que nada falló. Tú desaparecerás, como desaparecieron en su día los Watts, y asunto concluido.

—¿Qué tuviste que ver con esa desaparición?

La voz de Rourke sonó casi envuelta en risa.

—Lo creas o no, yo trabajé una temporada como secretario de Paul Watts. Así supe de sus dificultades y se me ocurrió la idea salvadora... Reunir todo el dinero posible y desaparecer del modo como desaparecieron.

—Ya veo... Los mataste para quedarte solo con el botín.

Ahora fue la voz del otro individuo la que resonó cargada de burla.

—Para estar muerto, hay que reconocer que me he conservado bastante bien, Kelly...

—¡Paul Watts! —exclamó Michael, desbordado por el estupor. Rourke soltó la risa.

En medio de la risa, Mike oyó claramente el seco chasquido del seguro de un arma al ser corrido.

Se preparó a saltar a pesar de todo: de estar inundado de luz, de sentirse desconcertado y lleno de cólera.

Entonces, en el vestíbulo, vibró la voz de Mónica:

—¡Mike!, ¿estás ahí, Mike?

Éste creyó que la angustia iba a ahogarle.

CAPÍTULO XIII

Watts gruñó con voz contenida:

—¡Respóndale, Kelly, o le mato!

Mike aspiró hondo. Luego gritó:

—¡Huye o te matarán, Mónica!

La muchacha dejó escapar un grito. Se oyó una carrera, forcejeos y gritos de pánico de la muchacha.

La pistola surgió a un lado del círculo de luz, apuntando a Michael, implacable.

—No se sienta héroe, Kelly —aconsejó Watts—. Ninguna mujer merece que un hombre muera por ella. Lo sé bien...

—¡Maldito! Claro que lo sabe, puesto que la mató.

—Acertado a la primera —rió el expropietario de la casa, antes de preguntar—. ¿La tienes, Sal?

—¡Claro que sí!

Mónica fue empujada brutalmente dentro del cono de luz.

Sollozando, se arrojó en brazos de Mike y allí se quedó, estremecida por los sollozos y el miedo.

Rourke comentó:

—Ciertamente, Mike, no comprendo qué les das a las mujeres. Ejerces una suerte de fascinación mortal sobre ellas.

Estalló en una carcajada.

Mónica susurró:

—Lo recordé cuando ya te habías marchado, Mike...

—¿Qué?

—El nombre de Rourke..., recordé que un hombre que se llamaba así trabajó para Paul Watts y tuve miedo por ti...

—Lo siento —dijo Mike, sintiendo una gran ternura por la muchacha—. Nunca debiste venir aquí...

—¿Qué..., qué van a hacernos? Uno es Rourke, creo. ¿Y el otro?

—Paul Watts.

Casi se le escapó de las manos.

Watts dijo:

—Bueno, Rourke, ocúpate de ver en qué coche ha venido esta loca. Los cuerpos será fácil hacerlos desaparecer, pero los coches...

—Los abandonaremos en cualquier parte. La teoría que formulará la policía sería que han escapado con los diez millones de dólares.

—Ya era hora de que todo esto concluyera —suspiró el supuesto cadáver—. Lo complicaste tanto que creí...

—Ya no importa, teniendo el dinero. ¿Lo haces tú, Paul, o lo hago yo?

—Es más limpio con la pistola —gruñó Watts.

Mike tensó los músculos. Sus manos tantearon el cuerpo de la muchacha como si la acariciara, hasta apoyarse como garras en sus costados.

Entonces, musitó:

—¡Escapa si puedes, amor mío!

Y le dio tal empujón que Mónica salió volando, hundiéndose en las sombras.

Al mismo tiempo sucedieron varias cosas más.

Primero, Watts gritó algo y disparó. La pistola llevaba silenciador y apenas si sonó como un taponazo.

Rourke maldijo en todos los tonos y exclamó:

—¡Perdiste demasiado tiempo, maldito seas! Mávalo..., yo buscaré a la chica.

—¡Tú y tu maldito cuchillo...!

Mike se agazapó junto a la mesa y en su mano había ahora un revólver del «38», y éste no llevaba silenciador, de modo que cuando disparó al centro del cono de luz, el estampido retumbó como un cataclismo allí dentro.

Hubo un estallido de cristales y un grito terrible de Watts. Luego, las tinieblas invadieron la biblioteca.

Mónica chilló en aquella oscuridad. Mike gritó, desesperado:

—¡No grites, no te muevas o te descubrirá ese engendro...!

Disparó una vez más a ciegas, sólo para producir ruido suficiente con que inquietar a Rourke, impidiéndole pensar con serenidad.

Y en aquel instante hubo otra irrupción. Pasos recios en el vestíbulo, y una voz rotunda que gritó:

—¡Policía! ¿Me oyen? ¡No se mueva nadie!

Contenida, sonó la voz iracunda de Rourke. Mike paseó el cañón del revólver en torno, ansiando cazar al asesino, descubrir su más ligero movimiento para llenarlo de plomo.

No fue un movimiento ligero, sino el estrépito de los cristales del ventanal francés, cuando Sal Rourke se lanzó contra él, igual que una bala de cañón.

El policía volvió a gritar algo, pero la voz de Mike, dominó la suya.

—¡Escapa por el jardín!

Alguien atravesó la estancia a todo correr. Watts emitió un quejido agónico desde el suelo y Mike se levantó, sacando la pequeña linterna.

—¿Mónica? —murmuró.

—¡Aquí, Mike!

Primero alumbró a Paul Watts. Yacía hecho un ovillo, con las manos angustiosamente engarfiadas en el estómago. La sangre saltaba a borbotones por entre sus dedos.

Luego, Mónica se arrojó en sus brazos indiferente a todo lo que no fuera el milagro de vivir.

Fuera resonó un tremendo estampido, y gritos, y otro disparo de un arma de gran calibre.

—¡Mike! ¿Qué está sucediendo...?

—La cacería, pequeña. Rourke está listo.

Watts gimíó en demanda de ayuda. Michael le miró casi con indiferencia.

Medio minuto después, Rourke entró por el roto ventanal casi arrastrándose.

Tenía sangre en la cara y las manos y una pierna no le obedecían.

La luz de la linterna alumbró a continuación a un hombre alto, delgado y fuerte, con cara juvenil. Empuñaba un revólver de reglamento y parecía un tanto desconcertado.

—Usted es Kelly, supongo —gruñó.

—Sí.

—¿Y el otro?

—Ahí,..., muriéndose.

—El teniente Baines está en camino, pero habrá que llamar una

ambulancia...

Rourke tiene una pierna rota. Hube de dispararle cuando no se detuvo.

—Ojalá le hubiera acertado en la cabeza.

El joven policía sonrió.

—Los muertos no pueden hablar, señor Kelly.

Eso era tan cierto como la muerte, así que Michael no replicó, limitándose a mantener abrazada a la muchacha.

Hasta que preguntó:

—¿De dónde salió usted tan oportunamente?

—Bueno, puede decirse que me mudé a estas cercanías desde ayer. El teniente Baines lo dispuso así. Busqué un escondite más allá de los árboles y vigilé todo esto. Ojalá hubiera estado más cerca, porque cuando oí el grito de esta señorita, apenas tuve tiempo de llegar.

—De modo que Baines vigilaba la casa...

El policía no replicó esta vez.

Rourke barbotó con voz que temblaba de cólera impotente:

—¿Es que nadie va a traer un médico? ¡Estoy desangrándome! Rechinando los dientes, Mike replicó, sombrío:

—Puedes pedirle a Cindy que te eche una mano, hijo de perra.

Rourke se calló.

Hasta que llegó Baines y entonces tuvo que hablar mucho más de lo que hubiese querido.

—¡Exijo un médico! —bramó Sal Rourke, cuando el teniente le asaeteaba a preguntas.

—Cuando terminemos con usted, me ocuparé de traer un matasanos, Rourke, métase eso en la cabeza.

—¡No tiene derecho...!

—Me parece que pasará un tiempo antes de que pueda usted invocar derechos de ninguna clase. Empiece por el principio, ¿sí? Usted tuvo la primitiva idea... Siga desde aquí.

Rourke le maldijo atrozmente. Mónica deseó escapar de allí, confortada sólo por el brazo de Mike, que la abrazaba por la cintura.

Al fin, el asesino claudicó.

—Paul debía reunir todo el dinero posible de sus amistades. Ya tenía deudas de sus negocios por valor de más de dos millones...

Jamás conseguiría pagarlas, así que convinimos el plan. El sacaría el dinero y lo ocultaríamos al principio, mientras su mujer sembraba la confusión dejándose tomar por, sospechosa...

—¿Dónde estaba Watts en todo ese tiempo?

—Arriba... Hay una habitación secreta, disimulada en una alcoba.

—¿Qué fue lo que falló?

—La mujer. Era una gata... Watts sabía que tenía un amante en alguna parte. No pudo prescindir de él, la muy... Lo trajo aquí una vez. Creí que Watts se volvía loco.

Aquella noche la mató.

Hubo un silencio y Baines gruñó:

—Bueno, no se detenga ahora...

—Necesito ese médico.

—Cuando antes termine, antes lo tendrá.

—¡Ya han dejado morir como un perro a Watts! ¿Es que piensan hacer lo mismo conmigo?

—Lo de Watts no tenía remedio, con las tripas agujereadas por un plomo de ese calibre. Lo suyo es distinto, así que apresúrese.

Rourke soltó un quejido, pero continuó:

—Hube de ocuparme de hacer desaparecer el cadáver en el mar, bien lastrado. También nos vimos obligados a sacar el dinero del escondite, porque sabíamos que la policía lo revolvería todo. Watts abandonó su escondite y me lo llevé a mi cabaña de pesca hasta que las cosas se calmaron. Entonces, volvió.

—Y mató a alguien más..., a Jack Rubio.

—Rubio era el amante de Martha. Un hermoso animal, sin nada de sesos... Pensó que el dinero estaba aquí, lo mismo que todo el mundo, y vino a buscarlo. Watts no podía creer en su suerte cuando le echó la mano encima.

—¿Y después?

—Después..., apareció una mujerzuela que había vivido con Jack Rubio cuando éste le sacaba los cuartos a Martha. Estaba enterada de la desaparición del dinero y se coló aquí, sorprendiendo a Watts. No le quedó alternativa...

—¡Siga, maldito!

—¿Qué más quiere saber? Con el tiempo, el dinero disminuyó. Yo me llevaba mi parte, por supuesto..., así que empecé a buscar la

manera de conseguir un golpe definitivo. Entonces salió esa película de gran presupuesto y yo tenía entrada en los estudios. Vi la ocasión... hablé con Watts... Lo demás, ya lo saben.

—¿Qué infiernos vamos a saber? Sobornó a un extra llamado Porter. ¿Por qué no lo hizo personalmente?

—Porque yo era demasiado conocido. En cambio, de un extra que se hubiera retrasado, nadie sospecharía ni se fijaría en él. Sólo que tropezó con Powys y perdió la cabeza. Hubo que cerrarle la boca, arriba...

—¿Y la chica, esa Lucy Alban?

—Era..., era mi amiga —rezongó—. Creyó que el muerto era yo y subió como loca.

—Bueno, ¿pero cómo pudo matarla sin dejar huellas en el polvo del suelo?

Rourke murmuró sencillamente:

—No me acerqué a ella..., no pude acercarme a pesar de todo. Le arrojé el cuchillo desde el umbral.

Baines apenas pudo contener sus ansias de aplastarlo a golpes.

—Hay muchas cosas que deberá detallar cuando esté a buen recaudo... Todos somos testigos de lo que aquí ha declarado. ¿Conforme, Kelly?

—Corroboraré cuánto ustedes declaren ante el tribunal, teniente.

—¿Y usted, señorita?

Mónica balbució:

—También...

El joven policía gruñó:

—Connigo, seremos tres. No se librá, señor.

—Bien, ahora puede ir en busca de ese teléfono y que venga un médico. Aunque maldito si importa que se dé prisa...

Rourke le dedicó una sarta de obscenidades.

Mike dijo:

—¿Puedo llevarme el maletín? Iré arriba, a ese escondite, a buscar los rollos de película y regresaré al estudio. Hamilton debe estar subiéndose por las paredes a estas horas.

—De acuerdo.

—Vamos, linda...

La abrazó en el vestíbulo y al besarla, se sintió feliz, alado y ligero. Ni siquiera el peso de diez millones de dólares en la mano

pudo hacerle descender de nuevo a la tierra...

Sólo volvió a ella, y a la realidad, cuando a ambos les faltó el aliento. Pero para entonces, ya todo era distinto.

FIN

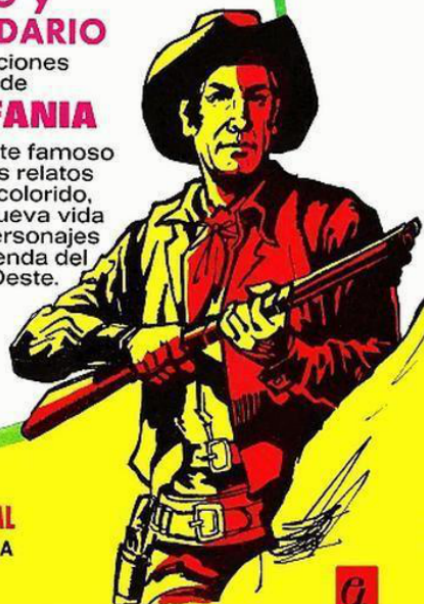
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

